Sr. General Manuel D. Montufar

RECUERDOS HISTORICOS

DE UN

VIEJO SOLDADO

DEL

PARTIDO CONSERVADOR

1893

"LA BOGOTANA"
BOGOTÁ-CALLE 14, N.o 136

RECUERDOS HISTORICOS

DE UN

VIEJO SOLDADO

DEL

PARTIDO CONSERVADOR

1893

"LA BOGOTANA"
IMPRENTA A CARGO DE MARCO A. GOMEZ
BOGOTÁ-CALLE 14, N.º 136

RECUERDOS HISTORICOS

Como antiguo soldado del memorable partido conservador y con la mayor sencillez, sin escoger términos técnicos, pues no soy escritor público, voy á dár á la luz pública una relación acerca de lo que he hecho como tál, pero antes, me apresuro á presentar mis más cumplidas excusás á los lectores, porque en esta relación no hallarán sino el lenguaje propio de un hombre que durante su vida no ha hecho más sino aprovechar los tiempos de paz para dedicarse al trabajo, y los tiempos de guerra para salir á los campos de batalla á cumplir el deber que le imponen sus principios como miembro de un partido, por cuya razón quedaron descuidados en su mayor parte los estudios que hubieran podido hacerlo ilustrado para emplear un lenguaje adecuado en el presente caso.

En mis primeros años tuve ocasión de oír relacionar en el hogar paterno muchos sucesos relativos á la historia de nuestra Independencia, pues mi padre el señor Ignacio Maldonado fue de los soldados que á órdenes del Libertador Bolívar, salió á defender la libertad de nuestra Patria.

Aquél también se ocupaba en los trabajos cuando el tiempo le permitía, y los abandonaba, saliendo á los campos de batalla cuando sus principios eran amenazados.

Mi padre hizo construír una casa de 14 balcones en el barrio de Santa Bárbara y todos los obreros que trabajaban en tal obra, eran también de los soldados que àyudaron á darnos Patria y Libertad.

Tales obreros en sus trabajos, así como en las horas de recreo, se complacían en recordar tanto lo que habían hecho, como lo que habían visto y oído de sus jefes.

Referían que en la época de los temblores fue tal el terror de la gente, que abandonaron sus habitaciones haciendo campamento en Las Cruces, San Diego, Huerta de Jaime, etc., mas, agregado á la timidez

de la gente, tales temblores habían hecho estragos, pereciendo muchos.

En medio del clamor y el terror, no dejó de haber alguno que se fijara en las ocurrencias chistosas que suelen haber en un afán de éstos: con mucho chiste recordaban la equivocación de un maestro Pinto, el cual quiso salvar la señora sacándola alzada, pero resultó que estando afuera, conoció que la que había sacado era la criada: y volviéndose precipitadamente encontró á la señora arrinconada en la cocina, la cual también se había equivocado de la puerta.

Algunos hombres sin darse cuenta, quedaban vestidos con traje de mujer.

Con estas conversaciones amenizaban sus fatigas y era de notarse el entusiasmo con que recordaban las hazañas de los héroes de la Independencia.

Unos referían que habían estado con Ricaurte en San Mateo, el cual viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles para favorecer el parque, ordenó á sus compañeros que se retiraran y luégo le puso fuego.

Otros recordaban que habían estado en el sitio de Cartagena, en Venezuela, en el Ecuador, en Bolivia, en el Perú y en Tenerife.

También recordaban mucho al Padre Barros Mariño, dominicano, el cual como tál desempeñaba sus funciones siendo á la vez General de la Independencia.

Era este Padre muy considerado y atendido en el convento de Santo Domingo á donde iba todos los días y allí era recibido por los Padres Superiores, Provinciales etc., con mucho respeto, y en formación al pasar le hacían una reverencia. Era conducido á la Sacristía por todos y allí lo despojaban de su uniforme militar y le quitaban la espada, la cual era curva y la llamaban alfange: lo revestían y salía á decir misa; luégo que la terminaba, volvía á la Sacristía y allí le quitaban las vestiduras, le ponían el uniforme militar y le ceñían la espada.

Referían que decía que con el mismo placer que consagraba la hostia, tomaba la espáda para defender la Patria.

A este Padre le ayudó á misa Pedro Rojas de Molina en su tierna edad. Era éste también de la Independencia.

Es de notarse la gran diferencia que hay de aquella época á hoy; pues, si es verdad que ha habido un adelanto y progreso intelectual y material, también se han relajado mucho las costumbres.

Yo, entermente niño, veía todo.

La candidez de aquella gente era extraordinaria; con mucho horror se hablaba de las brujas, las cuales, según ellos, su día de fiesta era el sábado, que á las doce de la noche montaban en escobas y se iban al alquelarre.

Cuando alguna persona estaba enferma de gravedad, el día sábado había misa especial por el enfermo; las piezas de la casa, la cama y hasta los alrededores eran regados con agua bendita, y en los patios se hacían grandes hogueras con el fin de evitar que las brujas se llevaran al enfermo al paseo.

Cuando oían un silbo especial, creían que era de alguna bruja y por temor le gritaban "mañana vení por sal."

Los duendes era otro castigo grande que, según ellos, tenían. De un momento á otro aparecían con el dicho que fulano, sutano etc., era apedreado y perseguido por duendes; se bendecían las casas de éstos, y en ellas, sus habitantes se limitaban á proferir palabras humillantes y serviles propias de un esclavo, á imitación de los árabes con el León, ó señor de la gran cabeza, los cuales así lo llaman y para referirse á este animal, lo hacen con el pronombre de él. Así, en la casa donde se decía había duende, no se oía otra cosa para todo, sino el rey, el dueño, el patrón, y para hacer alguna cosa le pedían permiso con mucho respeto y consideración, en cuya operación permanecían más de una hora esperando alguna seña especial, que por casualidad la había, como un viento fuerte, algún ligero ruido etc., pero si nada de esto había, con mucha resignación decían, "no es voluntad del rey" y aguardaban hasta tanto hubiera alguna señal particular.

Se hablaba también mucho de fantasmas que veían; del caballo herrado que, con ginete, sin cabeza, recorría toda la ciudad de noche; de una luz que aparecía en San Victorino; de tres luces que también aparecían haciendo movimientos, las cuales decían aquellas gentes que eran dos compadres que en vida habían peleado y que allí estaban representados con el ahijado que servía de intermediario para que no pelearan. Estas luces las vi tarde de la noche por más de dos veces, pero desaparecían rápidamente.

En esto de duendes que era como cosa verídica, llegué á convencerme lo que era: pues conocí dos casos relacionados con ellos.

Había una mujer de muy malas costumbres, que contrajo matrimonio con un carpintero y conservaba después del matrimonio relaciones con otro. Esta mujer llamaba mucho la atención por la agilidad y propiedad con que bailaba, especialmente el bambuco. Vivía en una casita frente al cuartel del *Batallón Vargas*. Un día vino el hombre con quien mantenía relaciones ilícitas y tuvieron un disgusto, del cual resultó la tal mujer monstruosa de los golpes que recibió. Para quedar bien con el marido, tramó un plan, y puso á la criada de espía para que le diera aviso cuando llegara él, y ella se encerró en una pieza. Avisada por la criada que llegaba el esposo, empezó á dar gritos y decir, "no me pegue

más, en nada le he ofendido " y cosas semejantes. Entró el esposo é inmediatamente rompió la puerta y con mucha sorpresa encontró á su señora con señales de fuertes golpes : ella le decía que era un duende que la perseguía y para afianzar más su dicho estando comiendo, á medio descuido cogia un puñado de tierra y lo echaba en el plato. Con esto llegó á convencerlo de que era víctima de un duende.

Era aquella gente de costumbres muy sanas, honradez acrisolada; se hacían préstamos de sumas fuertes de dinero sin exigirse seguridad alguna, y cumplido el plazo eran devueltas tales sumas sin dejar pasar un minuto más.

Todos los negocios y ofertas eran cumplidos con mucho escrúpulo. Si había algún engaño en un negocio, se entendían con mucha facilidad y quedaban arreglados.

Rara vez se hablaba de robos. Nadie desconfiaba. Todos salían de su casa á sus quehaceres y con mucha tranquilidad se estaban el tiempo necesario por fuera, pues aun cuando la casa la habían dejado abierta, todo lo hallaban como lo tenían.

Era entonces muy usada la plata en los servicios de la casa : los cubiertos, platos, jarros, platones, palanganas etc., eran de plata de martillo y en muchas partes de oro; y aun que en algunas casas se encontraban de estas fincas, nadie se quejaba alguna vez de que se le hubiera perdido por habérsela apropiado otro. No se nos decía sino "lo ageno con su dueño."

En las fiestas, cuando vestían ninfas, pastores etc., era de admirar la divinidad de objetos preciosos que servían de vestidos. Las grandes esmeraldas, solitarios y brillantes, eran el adorno especial; hacían coronas cuajadas de todos estos objetos y terminada la función, eran devueltos á sus dueños.

En las fiestas de octavas, el lujo consistía en adornar los arcos con cuchillos, cucharas y tenedores de plata, formando distintas figuras, y tales arcos permanecían así la noche sin ser vigilados.

La casa que hizo construír mi padre, aun cuando no la concluyó, servía de punto de reunión, y especialmente para los que tomaban parte en las fiestas religiosas.

Allí había tertulias llamadas francachelas ó parrandas y asistían las familias de mejor posición; los Padres Provinciales de San Agustín y otros conventos, de los cuales era muy amigo mi padre y algunos eran padrinos de bautismo de los de casa y el Padre Silva, Médico de San Juan de Dios.

Mucho era el buen humor con que principiaban sus diversiones y lo terminaban con feliz éxito, sin que hubiera el menor disgusto.

En las Semanas Santas, octavas, fiestas de Concepción y Noche-

buena, en aquella casa se vestían los Apóstoles, ninfas, se arreglaban paraísos, se hacían novenas, y se vestían matachines y pastores, y se ensayaban las contradanzas para las octavas.

Era de admirar lo concurrida que era la novena del niño: se hacía pesebre, y le llevaban al niño obsequios, como pavos, gallinas, corderos etc., y todas las noches había cenas, las cuales eran festejadas por las músicas de Cancinos, Hortúas y D. Rufo.

Todo el que asistía tenía derecho á sentarse á la mesa y tomar de los abundantes manjares que se servían hasta quedar satisfechos: la chicha, la cual se preparaba en grandes múcuras de barro, completaba la cena y el buen humor.

En estos tiempos no se conocían más licores que el vino seco de consagrar, el cual era de más categoría, el anisado puro y la chicha.

Todo mundo usaba sin escrúpulo estos licores, y con especialidad los dos últimos.

Entre las personas de alta posición que en casa de mi padre se reunían, recuerdo á algunos patriotas, como el General Maza, D. Pedro Lazo, el hombre más rico de ese tiempo; el señor Domínguez, Alejandro y Pedro Heredia, Valdez, Carrión, Miranda, Zabala, González, Pedro López Mantilla, el Sargento Prieto, Antonio Osorio, Caicedo, mi tío Manuel Meléndez, que vivía junto á la casa que construyó mi padre, Rocha, D. Juan Garzón que era muy amigo del Libertador, etc., etc.

Referían muchos acontecimientos notables, como eran: la muerte del General Piar; la sublevación contra el Libertador, dónde se salvó y á quién se le presentó, que fue al General Herrán; la muerte de un inglés jefe de los patriotas, y la de los sacerdotes Barreto y Pérez; la entrada del Virrey Solís al Convento de San Francisco, el cual fue después un Padre muy virtuoso; la entrada del Padre Candia, también á dicho Convento, y el que fue clarín de los españoles y con sus constantes toques atormentaba á los patriotas; y después fue clarín de órdenes del General Herrán; el asesinato del Coronel Bolívar, efectuado por un manco, en combinación con un individuo que se prestó á abrir la puerta de la casa que habitaba dicho Coronel en la Calle de la Carrera; el asesinato del General Zardá y los preparativos, y la emboscada con soldados armados en el atrio de La Candelaria de uno de los primeros Jefes, á asegurar tal asesinato si el primer golpe se erraba; la muerte del negro Infante, etc.

D. Juan Garzón refería que, en un paseo dado al Libertador al Salto de Tequendama, estaba en la orilla con botas de tacón de herradura y de repente dio un salto y se paró en una piedra grande que hay en el mismo punto donde se precipita el agua á la profundidad del salto;

allí se paró á contemplar tal profundidad, fue tal el horror que causó esto, que unos gritaban y nadie sabía qué hacer, pues veían al Libertador ya casi precipitado en aquel hondo abismo.

De repente dio el salto hacia atrás y quedó nuevamente en el punto que ocupaba primero.

Con esto les hizo comprender á sus enemigos, los cuales atentaron mucho contra él, que despreciaba la vida, la que le fue acivarada con la multitud de decepciones que recibía.

Referían del casamiento del General Santander en Soacha y el interés que tenían en que lo presenciara Bolívar, lo cual no lo consiguieron.

Santander ordenó fusilar 17 individuos y se subió al balcón á presenciar la ejecución y luégo bajó á reconocer los cadáveres.

El mercado era entonces en la plaza principal: ponían abajo de las gradas de la Catedral los tendales de ropa, en la esquina frente á la torre era la venta de granos; hacia abajo la panela, el azúcar etc.; por el costado Occidental, la venta de papas y verduras, ajiaquerías y juegos de bolos; y por el Sur, donde fusilaban los condenados, era la venta de carnes de res, cerdos, etc. La cárcel era donde está la estatua de Mosquera.

Las bestias que traían con cargas al mercado, las encerraban en un solar que había donde se edificó el *Gran Hotel;* en otro que había en los portales donde llamaban el Cabildo; en otro que había donde era la Cárcel para mujeres, y en otro donde hoy es parte de la imprenta de vapor.

En todos los solares no se exigía sino que les hicieran el gasto de lo que ponían á vender.

También hablaban de los patriotas que habían sido víctima de la horca y fusilados. Decían que Policarpa Salabarrieta, cuando la llevaban al patíbulo, con mucha impavidez animaba á sus compañeros, y con el pie golpeaba al que iba adelante, diciéndole que apurara á morir con valor.

Los compañeros de Maza referían que éste tuvo necesidad de unas bestias en Popayán las cuales pidió al Alcalde, y éste no pudo suministrárselas. Irritado Maza le dijo que si no le daba las bestias le hacía dar cuatro balazos: el Alcalde le dijo con mucha energía, que con uno era suficiente y que los tres restantes los reservara para la gran..... señora de su madre; á esta respuesta le volvió Maza la espalda.

También hablaban de la dictadura de Rafael Urdaneta, de la acción del Cerrito del Santuario y de la Patria boba.

Hablaban de La Legión de Albión, de donde era miembro un General O'Leary y el inglés que murió la noche de la sublevación.

En aquella época estaba tomando vigor el progreso en el país, pues

fueron conocidas muchas artes, como herrería, cerrajería, carretería, ebanistería, agricultura, cocina y cervecería.

A tal Legión le debe el país eterna gratitud, pues muchos fueron los que se aprovecharon de sus enseñanzas.

Gran parte del adelanto material se le debe á ingleses.

El señor Bunche montó la Ferrería de Pacho.

El señor Samuel Sayer montó un gran establecimiento de herrería frente á la Capuchina, allí edificó casas para el servicio de su empresa y para habitación de su familia; afuera hizo construír poyos, los cuales servían de asiento á las personas que iban á pasear. Siempre tenía en el portón dos grandes perros encadenados. También tuvo el señor Sayer gran parte en la construcción de la torre de la iglesia de la Capuchina. En Sanfagón tenía hermosos jardines; huertas de hortalizas y enseñó á muchos á cultivar la tierra; sembraba pasto para sus caballos, y por él conocimos aquí los pastos extranjeros. Era también veterinario.

También tenía allí jardines y hortalizas el señor Logan.

La cervecería tomó gran preponderancia. El señor Sayer á más de ser un hombre muy enérgico, era muy trabajador y dio ejemplo á sus hijos, los cuales han sabido imitarlo. Tenía siempre por guía la honradez.

Sus hijos le han sucedido en sus empresas.

Moncriff, montó una herrería en el Puente Nuevo y Tomás Frenches en la Huerta de Jaime.

En ésta se herraban caballos y bueyes, y con mucha propiedad sacaba Frenches los hormigueros á los caballos.

A todos estos establecimientos iba yo, ya por hacer componer alguna herramienta, ya á herrar un caballo, ya por curiosidad, pues mucho era el deseo que tenía de aprender.

Tuve noticia que en la hacienda de Cune montaba unas máquinas D. Guillermo Wills y me fuí. El me colocó poniéndome á órdenes de un inglés llamado Cristóbal.

Montó un trapiche de agua, que fue el primero que conocí, y una máquina de sacar aguardiente: y á todas estas obras ayudé. La olla de destilar era muy grande y de una sola pieza, y es la misma que tienen en la cervecería de La Rosa Blanca.

El edificio de La Capuchina está edificado en una gran laguna y sostenido en una fuerte galería de machones de ladrillo, la cual vi; pues me bajé por un lazo por la boca de una noria.

Igualmente en la casa del Doctor Jorge Vargas, en la calle de San José, hay una noria dentro de la cual estuve por medio de una escala;

es de una construcción muy fuerte que el acero se resistió y resolvieron dejarla y taparla con piedra.

Con la verdad desnuda, vi la desempedrada de la calle de frente á la iglesia de La Enseñanza, por algunos artesanos y mujeres, quienes prepararon la piedra en montón para oponerse á la sacada de la Custodia de la iglesia de Santa Gertrudis, denunciada como bien mostrenco; pero vino un escuadrón y dispersó el tumulto, y se llevó la mayor parte de la gente, la que fue encerrada en un corral destinado á asegurar las bestias que traían cargas al mercado; tal corral era parte de unas casas arruinadas que servían de retén para mujeres; allí los tuvieron toda la noche y en las primeras horas de la mañana llegó á aquel punto, montado en un caballo zaíno, el General Santander y en breves palabras les dijo que hacían mal en oponerse á los decretos del Gobierno, y ordenando abrir la puerta, los puso en libertad; de éstos unos le echaban vivas; todo esto lo vi en la esquina Oriental del Capitolio.

La Custodia la llevaron á las Cajas Reales á una casa de la calle de La Carrera, donde hoy es Convento de monjas y allí la exhibieron.

En esta época fue asesinado Sebastián Herrera.

Por mi tierna edad, nadie me hacía caso y tenía entrada á todas partes.

En el año de 1840, con motivo á que mi padre me llevaba en su compañía á todas partes y jamás faltaba por la noche en casa, y la noche que llegó á faltar me impresionó tánto, que, desesperado, salí á buscarlo y con mayor razón, pues no oía más que toques de cajas, cornetas, patrullas y llamadas por todas partes, y como nadie me daba razón, me dirigí á la plaza del Mono de la Pila (hoy plaza de Bolívar), allí lo encontré. Preguntéle qué estaba haciendo y me contestó: "Hijo, todo ciudadano está obligado á derramar su sangre hasta perder la vida por la Patria," y siguió mandando colocar los cañones en las cuatro esquinas de la plaza.

Había en el antiguo parque una maestranza, dirigida por D. Patricio Parada la cual visitaba mi padre y me llevaba. Conocí allí 17 cañones de grueso calibre, entre ellos uno grande llamado por los artilleros *Tragaleguas*: encima de él se flagelaban y castigaban los militares. Fueron vendidos algunos, por ser de cobre.

En estos momentos llegó el Ilustrísimo señor Arzobispo Mosquera acompañado de su familiar y otros, señoras, mujeres del pueblo y muchachos, invitándonos á pasar el Parque antiguo al Colegio de San Bartolomé; él fue el primero que tomó dos chopos y los llevó, y yo tomé otro y lo seguí; el entusiasmo fue tál de señoras y los que lo acompañaban, que en muy poco tiempo se llenaron los corredores de dicho Colegio, dejando

todo el parque con sus pertrechos, y en el cuadro de la plaza los obuces y piezas de artillería y sus municiones, quedando el edificio del Parque antiguo, desocupado. Con el mismo entusiasmo y la misma gente, siguieron abriendo las chambas y haciendo barreras: llenaron los costales de tierra de las zanjas, que se hicieron en las ocho boca-calles, para que sirvieran de trincheras: estando en esta operación, llegó á la plaza el Coronel Neira con su escuadrón, salió la guardia de milicias al mando del Comandante Ortiz y del Sargento Pacífico Bonilla, y el Coronel Neira, lanza en ristre, ordenó la marcha de toda la gente, y sin saber cómo, quedé incorporado en la guardia de milicias, tomamos la vía del camellón nacional, y en Puentearanda se redobló la marcha, cruzando por el Cerrito del Santuario á salir á la Culebrera; esa noche oí las disposiciones que dio el Coronel Neira, quien arregló las avanzadas, las cuales se tirotearon. Durante la noche no se oía más después de los tiroteos, que los frecuentes toques de un clarín que daba un hombre inválido llamado Cepeda, de la Independencia.

Antes de aclarar el día, se movió la gente, llegámos á Buenavista (venta), y allí vi repartir la gente como lo ordenaba el Coronel Neira, y nos mandó atracar la puerta de golpe que había en el camino. Estando en esta operación, se rompieron los fuegos y al primero que vi caer, fue un negro que, como úsar acompañaba al Coronel Neira, luégo á Nepomuceno N., esposo de una prima mía, la cual estuvo á pocos momentos auxiliándolo.

Toda la gente hizo una retirada; en esta vi coger prisioneros á la mayor parte de la Guardia de milicias á los que hicieron formar en la venta de La Culebrera: á la cabeza formó el Comandante Ortiz, y después, Rudesindo Cadena, que estaba herido en el brazo derecho, de un balazo; Manuel Iregui, los tres hermanos Mogollón, Juan, Miguel, Juancho y Juan José Sierra y otros que no pude reconocer porque el Coronel Alejandro Gaitán y González ordenaron la marcha precipitada para Chía.

Estando batiéndose las infanterías, vi que pegaron una carga brusca el Escuadrón de Neira y unos lanceros de Funza que, á órdenes de José María Ardila llegaron á hora muy oportuna; pero no pudieron rescatar los prisioneros, porque un Jefe del enemigo llamado Samper se batió hasta perder la vida.

El triunfo quedó por el Coronel Neira, el cual vi á pocos momentos herido en la rodilla derecha. Después me ocupé en ayudar á atender los heridos, los cuales se trajeron á los hospitales de San Juan de Dios y de Las Aguas. En esta operación emplearon tres días.

Al día siguiente de la batalla fui con José María Martínez á sacar

el cadáver del Sargento Pacífico Bonilla, pues sabía dónde lo habían enterrado con otros compañeros, muertos en el mismo combate. Martínez era de la fuerza de Ortiz y había estado en dicha acción.

El cadáver fue traído á esta capital. Era el señor Bonilla, el padre del M. R. P. Bonilla.

Antes de partir para La Culebrera, la gente armada y en tumulto pedía á gritos que saliera Márquez, Presidente, el cual creían que estaba escondido, por haberlo visto entrar á casa del señor José María Saravia Ferro; no fue hallado el Doctor Márquez, pero á poco tiempo entró con el *Batallón Mutis* y se supo que D. José María Ardila lo había sacado por el páramo de *Sumapaz* en vía para Pasto á donde llegó en muy poco tiempo, haciendo jornadas bastante forzadas.

Terminada esta revolución, fue cuando apareció la viruela, que tántos estragos hizo, como igualmente una afección nerviosa que se desarrolló en las señoritas, y mal de corazón; contaminándose principalmente en algunas familias, que les hicieron ocasionar á los padres gastos considerables para su curación, la cual consistió en darles gusto á todas sus exigencias, y de nó se desmelenaban y rompían los trajes, tratándose de volver locas. Este mal desapareció completamente desde el momento mismo en que se representó un drama en el Coliseo y en algunas casas particulares, y en Fusagasugá donde lo vi representar, desempeñando el papel más interesante, el señor Abelardo Concha ; este drama titulaba *Las Convulsiones.*

Yo me dediqué á los trabajos de campo hasta el año de 1849, en que en esta capital se formaron sociedades de congregación por los Jesuítas; sociedades *Aristocrática, Democrática, Popular* y *Filotécnica ;* á ninguna quise pertenecer aun cuando me eran simpáticas *La Filotécnica* y *La Popular* y sin ser socio me vi comprometido la noche que *La Democrática* atacó á *La Popular* que estaba reunida en casa de una familia Arjona, en Santa Bárbara. Los miembros de la sociedad atacada estaban desarmados, pero á pesar de esto, resultaron muertos Balaguera y Noguera ; heridos Juan Molina y García, los cuales se llevaron presos á San Juan de Dios y los hicieron responsables. Noguera era de *La Popular.* De los democráticos hubo heridos, entre ellos dos gravemente.

Todo esto causó un trastorno general en la ciudad ; hubo división entre los de casaca y ruana ; de ésta resultó la muerte del caballero Antonio París en el puente de San Victorino, y algunos ataques, que en varias noches sufrieron algunos individuos, entre ellos el que recibió Florentino González y Cristancho á quien iban matando, y las heri-

das que recibió Rafael Lazo, quien con Félix Guillén acompañaban al señor París. Esta situación, complicada con la elección para Presidente, puso al Congreso en inminente peligro y el cual fue salvado por un ilustre Jefe, quien dio su voto al General López, manifestando que lo hacía por salvar al Congreso de ser asesinado. Sabido es que en la primera elección salió electo Cuervo. La algazara, amenazas y puñales llamados *7 de Marzo*, me hicieron retirar para mi casa oyendo los vivas al General López, y la música y dianas que anunciaban el triunfo.

Por la tarde vi preparar el retrato del General López, el que sacaron esa noche en andas por las calles principales de la ciudad, dirigiéndole discursos en cada esquina. Entre los oradores recuerdo á un Doctor Rivas que se entusiasmó tánto, que con el cubilote golpeaba la cara del retrato.

En la Administración López hubo algunos acontecimientos notables, entre ellos, la expropiación de los intereses de D. José María Ardila, en su hacienda; la acción de Garrapata, donde fueron hechos prisioneros los Ardilas y José María Vargas París, quienes, traídos á esta ciudad, fueron juzgados y desterrados fuera del país como fue expulsada la Compañía de Jesús.

En una reunión de la Sociedad *Democrática* un miembro propuso que era necesario salir cuanto antes del monigote morado (Ilustrísimo señor Mosquera) y que si esto no se había hecho por falta de verdugo, él se ofrecía á servir como tál. Entonces se paró otro miembro y propuso que el que se ofrecía á servir de verdugo debía ser expulsado de la Sociedad; éste era un infeliz zapatero. Simultáneamente se pararon los otros miembros y aprobaron la proposición.

Entonces el miembro expulsado tomó su sombrero y en tono de despecho dijo, " no pertenezco á la *Democrática*."

Este fue el que tántos crímenes cometió por fuera y en el presidio, y el mismo que murió más tarde en un cárcamo cerca á San Juan de Dios. El cadáver estuvo votado por tres días y fue el último que se recogió.

El Ilustrísimo señor Arzobispo Mosquera al fin fue desterrado.

Una noche que salió D. Mariano Ospina disfrazado de Jesuíta lo cogió un señor Cholo, el cual le dijo á tiempo de echarle el brazo: " alto el Jesuíta:" de esto apareció una caricatura célebre. Al día siguiente llenaron el corredor de la Casa Consistorial de una partida de astas que tenían en lugar de lanzas, bayonetas, y las cuales tenía ocultas, en su herrería, un inglés, en la Huerta de Jaime. En la caricatura figuraban en un estandarte las astas amarradas con camándulas y escapularios.

En este tiempo se comenzó á sentir ua alarma general en la Repú-

blica, principalmente en esta ciudad: hubo robos de consideración en los almacenes y casas principales; denuncio de monederos falsos; la muerte del Doctor López, Cura de Santa Bárbara; el emparedamiento de algunas mujeres y muchas cosas más: llegó á tal extremo la situación, que algunos dueños de casas resolvieron reunirse en familia haciendo guardia por la noche, pero nada les valió, pues hasta de día eran asaltados.

En la entrada que hizo tal cuadrilla á San Agustín, amarró al Padre Salabarrieta con un paño por la boca, lo que le ocasionó muchos sufrimientos. Era este Padre, hermano de Policarpa.

De la Policía era Jefe Manuel Góngora quien obraba con mucha actividad, pero no le fue posible descubrir los autores hasta el día en que se vio un honorable y cumplido caballero, el señor Caicedo, ciego con la cal que le echó en los ojos la partida que asaltó su casa: esto aumentó la indignación y el Doctor José María Maldonado Castro, Jefe Político, con la energía debida salió de á caballo, y capturando todos los sospechosos, descubrió parte de la cuadrilla; los jefes quedaron de un todo descubiertos con la declaración de Manuel Ferro, rendida poco antes de morir y cuya muerte fue ocasionada por una puñalada. Como Ferro hacía parte de la cuadrilla, su cadáver fue exhibido por tres días en la mitad de la plaza.

Por primera vez hubo jurado que decidiera de un delito; á éste asistí en sus primeras sesiones: omito la relación por ser conocida de todos.

Antes de la Administractón López era notable el progreso en esta capital; hubo asociaciones de capitalistas con el fin de explotar las quinas, minas, café, añil; hubo mucho movimiento en el comercio: por las calles no se veían más que grandes partidas de cargas; las máquinas de la Casa de Moneda, las cuales tomó mucho interés en montar el General Mosquera; la instalación del trabajo del Capitolio; la conclusión de la casa de los Portales; la Plaza de Mercado; la Gallera; todas estas obras fueron construídas por D. José Manuel Arrubla y su Ingeniero Arquitecto, Tomás Reed: yo trabajé en ellas como aprendiz.

En esta época mi única aspiración era ser un artesano útil á mi Patria, pero las revoluciones truncaron mi carrera, la cual involuntariamente cambié por los campos de batalla.

En 1851 fuí reclutado por las tropas del Gobierno liberal, deserté y volví á mi hogar y me ocupé en los trabajos de campo hasta el año de 1854, en que por curiosidad asistí á las reuniones de las Cámaras, con el fin de saber el resultado de la acusación contra Melo, por denuncio dado por Melchor Corena y Jenaro Materón.

Además, se discutía un proyecto de ley, por el cual se eliminaba el Ejército, apoyado en que los militares eran un tropiezo para la buena marcha del orden público, y un daño para la sociedad, etc.

Esto ocasionó un trastorno: en la plaza de Bolívar hubo vivas y mueras y de este bochinche resultó en el tumulto, un infeliz de ruana atravesado de una puñalada, frente al portón de la casa del señor Montoya. Aseguraban que el autor de este asesinato fue el que más tarde murió con Obando, según se decía.

Inmediatamente se reunieron las Cámaras y se ocuparon en dar indulto á todos los delitos cometidos ese día.

El Congreso fue dispersado con el golpe de Estado que dio Melo, y algunos Representantes salieron de esta ciudad disfrazados, en carros de bueyes: así sacamos á mi amigo D. Fermín Lemus, Diputado por Ocaña. Otros Diputados se asilaron en casa de Ministros extranjeros.

Por los años de 1852, 1853 ó 1854, en una Semana Santa, hubo escándalos notables, tal como lo hicieron en una procesión el Viernes Santo. Admirable era el lujo que se ostentaba, tanto por las señoras llamadas de á 24, que alumbraban los pasos, como por los caballeros del comercio que igual cosa hacían, así como era notable el fervor.

En una de las procesiones fueron apedreados los pasos, sin respetar la numerosa concurrencia; esto dio lugar á un escándalo horroroso: hubo un soldado muerto y algunos heridos y los señores del comercio, armados de pistolas se atrincheraron en los almacenes. Desde entonces y por mucho tiempo no se han vuelto á ver procesiones tan concurridas.

En este mismo año fuí reclutado por las tropas del General Melo, Dictador, y aun que por empeños de mi padre fuí puesto en libertad, no cesó la persecución y nuevamente fuí reclutado é incorporado á un batallón que mandaba como primer jefe Cruz Ballesteros y destinado á un destacamento que situaron en las inmediaciones de San Diego, de donde deserté con el arma que me habían dado y tomé la vía de La Calera á la hacienda del señor Pedro Villalobos, donde encontré cinco amigos: los animé á organizarnos y estar juntos. Péro fuimos denunciados y perseguidos y pudímos escaparnos, pero tuvímos que separarnos.

Después de algunos días de estar oculto seguí para Fusagasugá con mil trabajos; allí tuve una aventura: estando en la plaza, en el mercado vi correr toda la gente, y habiéndome quedado yo solo, vi entrar una caballería, lanza en ristre, á mando del Coronel Cristo Velandia, quien se me dirigió en tono amenazante y me preguntó: "¿ quién es usted? ¿ Sabe dónde está el guerrillero Ardila?" Yo le contesté: "Soy el Alcalde de este pueblo, nombrado por el Supremo Director de la Guerra; no tengo noticia de Ardila."

Me ordenó que inmediatamente suministrara bagajes y recursos para la tropa.

Recibí con impavidez tales instrucciones y con tal pretexto salí en fuga y á buscar la guerrilla de D. José María Ardila, terror del General Melo y sus Tenientes. Llegué donde Ardila y lo encontré muy abatido á causa de un desastre que con el General José Hilario López habían sufrido en Balsillas, donde el enemigo les dio una carga violenta y les habían dispersado la gente, agregado á esto la noticia de la muerte del General Franco en Zipaquirá y la derrota sufrida por el General Herrera en Tíquiza, la cogida del Coronel Melchor Corena y Jenaro Materón, en La Calera.

Logré resignarlo un poco y permanecímos en la hacienda de El Hato; yo venía en comisión constantemente á esta ciudad á informarme cómo estaba la situación y á llevar las municiones y demás elementos de guerra que conseguía.

En esta ruda tarea permanecí más de tres meses, y en mis venidas intentaba entenderme con todo el personal de Bogotá, adicto á nuestra causa, que estaba asilado en casas de los Ministros; pero tan sólo conseguí entrar á la casa de un Ministro que vivía en una casa de tres pisos frente al Colegio de Santo Tomás, valiéndome de mil tretas, pues además de estar rodeada la manzana, había centinelas en la puerta: tan sólo pude hablar con D. Valerio Ricaurte, aun cuando el número de asilados allí era considerable.

En virtud de conocerme el señor Ricaurte, pues yo era su operario, le ofrecí llevarlo con seguridad á la hacienda de El Hato, donde Ardila, pero no aceptó.

En una de estas venidas á Bogotá y en que era acompañado por Agustín, Eugenio y Cruz Díaz, Pedro Prieto y otros oficiales, por indicación mía nos desmontamos en *Llano de Mesa* en casa de Francisco Sandino, para asegurarnos más; en las primeras horas de la noche nos dirigímos á la puerta de *Los Pascas* y al salir al camino real observamos que venía de Cáqueza para Bogotá una fuerza de infantería; nos ocultamos tras las cercas del camino y observamos la precipitación que llevaba; luégo vímos una partida de gente de caballería que conducía una brigada de más de 70 caballos, y oímos la voz del jefe que decía: "apuren que el viejo Ardilà nos alcanza." Al oír esto, salté la cerca, dí algunas voces y disparé mis pistolas; esto fue más que necesario para que los ginetes emprendieran la fuga, dejando en nuestro poder la brigada íntegra, la que se dispersó en Llano de Mesa. Seguí inmediatamente con uno de mis compañeros á El Hato, llevando más de la mitad de dicha brigada, y dejé á los otros compañeros para que, ayudados de

Sandino, recogieran el resto y lo llevaran, lo que sucedió al día siguiente.

Volví á cumplir mi comisión á Bogotá que era la de conducir al campamento de Ardila algunos elementos de guerra, y una partida de más de 30 hombres que, armados y bien provenidos, estaban en Egipto á órdenes de Juan Garzón y de dos oficiales hijos de éste, y de Gregorio Bonilla y Crisanto Agudelo; habiéndolos hallado los conduje allí.

El Coronel Ardila, como jefe superior de la Columna, había recibido ese día, del Vicepresidente Obaldía y del Doctor Rafael Núñez, quienes pasaron por El Hato, amplias facultades para proceder. Estos fueron conducidos por Félix Isaza y por mí.

Las persecuciones de que éramos víctima ya eran ilimitadas: un día llegaron á Usme dos batallones y un escuadrón. Este último acampó en las Juntas; por orden del Coronel Ardila salí á inspecionar el campo con algunas instrucciones, entre ellas la de disparar algunos tiros é introducir alarma al enemigo; pero creí más prudente observarlo acercándome cuanto pude y allí reconocí al Coronel Jacinto Flórez, quien tendía un pellón al pie de un árbol, y á la luz de una candelada, descuidado se recostaba. No quise disparar mi arma á pesar de la defensa que me brindaba el río, por ser Flórez amigo mío y de mi padre.

Después de un detenido examen volví á mi campamento donde me aguardaba mi jefe para disponer los puntos en que se debía colocar la gente, previendo un ataque al día siguiente, como en efecto sucedió.

Dispusimos las cosas de tal manera que el enemigo pudiera intimidarse, para no exponernos á una derrota que hubiera sido inevitable; la colocación de la gente y demás precauciones que tomamos hacían una vista engañosa, pues aparecía un respetable campamento donde estaba un numeroso ejército, y no había allí más de 50 hombres muy mal armados; yo había ordenado á la cocinera de la hacienda que hiciera bastantes banderolas y las coloqué en infinidad de astas que teníamos, las cuales fueron enterradas en formación. Estas formaban el grueso de nuestro parque.

Dispuesto el plan de ataque por el enemigo, se dio la descubierta á un Coronel Peña, pasó el río sin ser ofendido y, después de dadas las señas por dos cornetas que teníamos, los cuales tocaban aquí y allí, dí con mi gente una carga brusca que llevó en derrota la descubierta al campamento enemigo, ocasionando la retirada del Ejército, al cual perseguímos hasta Usme, y de ahí hasta Yomasa por el Comandante Juan Ardila y su escuadrón. Quedaron en el campo algunas armas de fuego, cincuenta morrales, el sombrero de Peña, tres espadas, siete caballos ensillados y una carga de pertrecho: con estos elementos tomó alguna seriedad nuestro escaso parque.

Este triunfo dio gran preponderancia á la Columna de Ardila, que era el terror del Dictador, y se aumentó considerablemente. Ingresaron á ella, Jacinto M. Ruiz, Francisco Díaz, Tomás Pulido, Agustín Díaz, Zoilo Díaz, etc., etc., quienes comandaban siete soldados cada uno. Yo quedé como jefe principal de la infantería.

Supímos que una partida de hombres armados estaban en Egipto dispuestos á ir á engrosar la Columna de Ardila, si había quien los condujera allí: me ofrecí á recibir esta comisión y aunque el Coronel Ardila se opuso, al fin conseguí se me diera. Seguí á cumplirla: me acompañaron Cruz, Agustín y Eugenio Díaz, quienes venían á ver á su familia, y Agustín me improbó la entrada á la ciudad, advirtiéndome que si me cogían me despedazaban.

En efecto, seguí á mi casa á ver á mi familia por un momento, sin advertir que hubiera un delator que me denunciara: llegó al sitio donde estaban las armas escondidas, una partida de soldados y las tomó: y á mi casa donde yo estaba, llegó una escolta á órdenes de Carlos Ordóñez con el objeto de aprehenderme. Los golpes dados en la puerta previnieron el conflicto en que me hallaba y resolví huír por la parte interior de la casa, salté las paredes y fuí sorprendido por un centinela de los muchos que la rodeaban, al que atropellé y seguí con precipitación por la falda del cerro de la *Agua-nueva*, me sentí herido en un pie y noté que mis vestidos estaban despedazados por las balas, pues eran muchos los soldados que me perseguían. Encontré á un sujeto con quien éramos muy amigos y vecinos, y creí ser favorecido por él, pero lejos de eso, mi amigo tenía la comisión de atacarme, como en efecto lo hizo, con dos compañeros que traía pero no lo noté hasta el momento en que todos tres intentaron matarme. Mi amigo fue el primero que me atacó con un machete; pero logré escapar el golpe y con una pistola en la mano izquierda y un puñal en la derecha, lo puse en fuga. Casi simultáneamente tuve que defenderme del ataque del segundo, quien me disparó un tiro de carabina, cuya bala dio en la ala del sombrero; pero sin darle tiempo de cargar, lo tendí en el suelo de un empellón y con ligereza seguí por el camino de Egipto; al llegar á la plazuela rendido por la fatiga y la herida, pretendí buscar un sitio oculto donde descansar, pero de repente un soldado que estaba tras de una pared, me descargó un fuerte golpe de culata en la nuca que me tendió sin sentido. Al momento llegó una partida de soldados y oficiales quienes se apoderaron de mis armas y demás objetos que llevaba, y me condujeron por la fuerza y con sacudimientos y brusquedades; innumerables fueron los vejámenes y bofetones que recibí en el largo trayecto que separaba la cárcel á donde me llevaron y el sitio donde me cogieron.

De la Candelaria á San Francisco tuvieron que llevarme de brazo, el amigo del machete y el hombre de la carabina, pues yo por sí solo yá no podía andar.

Entregado que fuí por orden del doctor Mercado al cuartel de San Francisco me privaron de comunicación en un calabozo donde no veía más luz que la artificial de las vélas cuando me las proporcionaban. Al sexto día, con los ruegos de mi padre conseguí que cesara la incomunicación y ver á mi esposa é hijo.

Estaba preso en esos días el General Obando, también en San Francisco, al cual veía yo por las rejas de mi calabozo.

De esta prisión resultó después una caricatura figurando un tigre en un jaula con las uñas afuera, y un centinela armado de escoba custodiándolo, y esta composición :

"Me puso preso,
Quién lo creyera,
Con una escoba
Mi centinela.
Manos adentro
Y uñas afuera
Quedando tigre
Como antes era."

Al décimocuarto día se me presentaron el Alcalde y su Secretario y personalmente me llevaron á la cárcel de los criminales, diz que por asegurarme más.

Era Jefe Político Carlos Ordóñez, hombre muy apasionado, y queriendo vengarse de alguna indiscreción mía el día de mi captura, entró á la cárcel y con insultos y vejámenes me descargó á dos manos sendos golpes muy fuertes con un bastón de guayacán que tenía. No obstante mi resignación y silencio no cesaban los golpes, hasta que abrumado por la prolongación del martirio, levanté la mano fuertemente y de un pescozón tendí en el suelo á mi verdugo en presencia de los soldados y mucha gente. Los gritos fueron inmensos : Ordóñez tenía sed de venganza, y los demás presos protestaban contra tan salvaje procedimiento. Pero Ordóñez debía llevar adelante su venganza é interponiendo su autoridad y burlando la indignación general, pidió al Alcaide dos pares de grillos y ordenó que en su presencia me los pusieran, un par al derecho y otro al revés ; pero, como no había, ordenó que se despojasen de ellos á dos de los presos criminales, tocándoles la gracia á dos de los reos más rematados y que en justicia sí los merecían,

Encomendaron la operación de colocarme los grillos á un preso común, quizás el más torpe de todos, pues al ponerme las primeras barras me dio un golpe muy fuerte en la pierna.

Maltratado, ultrajado y herido moral y materialmente, en esa actitud humillante en que desafiaba la muerte, cualquiera determinación violenta me hubiera sido lícita moralmente; pero resolví tomar la que instintivamente sugiere el derecho de defensa: levanté la otra barra de grillo que el verdugo había tendido en el suelo y á dos manos le dí con ella al preso por la espalda, con tánta fuerza, que lo tendí en el suelo obligando con esto á que fuera reemplazado el verdugo.

Terminaron mis dolencias al advertir que mi padre estaba en el rastrillo de la puerta junto con mi esposa: el primero, como queriendo despedazar la puerta, gritaba "¡ Hijo, grandeza de alma ! " la segunda decía: " ¡ miserables han asesinado á mi esposo ! "

A pesar de este cuadro horrible que conmueve á una fiera, la orden se cumplió: los grillos se me remacharon y fuí conducido al calabozo designado por el jefe Ordóñez, privado de comunicación y sentenciado á muerte.

Al día siguiente se presentó el General Melo y me dijo: " ¿ En dónde está el viejo Ardila, su compañero ? Dígame ó lo mando fusilar." Yo le contesté: "Señor, sólo puedo darle á usted razón de mis martirios y dolores y nada más."

Inmediatamente Melo llamó al Oficial, y en mi presencia le ordenó verbalmente que en el acto me pusiera en capilla para ser fusilado con las fórmulas acostumbradas: el Oficial cumplió la orden sin compadecerse de la imposibilidad física y de los tormentos en que me hallaba.

Llegó la noche y en esa pieza tenebrosa que me servía de capilla, no encontré otra cosa que siete banquillos que habían servido para otras víctimas y que allí estaban depositados: pero influenciado por la educación que había recibido de mis padres, estaba muy resignado, cuando de repente vino un negro cojo llamado José Dávila que hacía las veces de segundo Alcaide, y burlando la vigilancia del centinela, me dijo en términos persuasivos, que se había combinado un plan de fuga entre mi padre y algunas personas de alta posición, adversas á la Dictadura, y que esto tendría lugar á la noche siguiente. Posteriormente entró un Oficial y corroborado el dicho del negro, me dijo que él tenía parte y que tanto yo como algunos presos políticos seríamos rescatados.

Reanimado por estas noticias, aguardé más tranquilo la hora señalada.

Al siguiente día por la mañana se me presentó mi esposa á darme el mismo aviso: le pedí una lima y agua fuerte para quitarme los grillos y, en efecto, tales objetos me fueron llevados con la reserva que la situación exigía.

Arreglado bien temprano el altar, se presentó el Sacerdote á decir

misa, la cual oí; asistieron á ella todos los presos. Estando en esta ceremonia se me acercaron los presos Juan N. Franky y N. Jiménez, y colocándose á mi derecha é izquierda, y tirándome el bayetón me dijeron en voz baja, que estuviera prevenido para esa misma noche y que la señal convenida era el toque de tiples y panderetas. Con mucho trabajo conseguí libertarme de los grillos, pero á la hora convenida estaba listo. Los tiples y panderetas sonaron y me acerqué al centinela y le propuse me facilitara la fuga mediante una buena remuneración; pero éste con desprecio me contestó que no podía atenderme porque correría la misma suerte que yo aguardaba: observé que era muy recluta, tanto por el manejo del arma como por su torpeza revelada en pocas palabras.

Los momentos eran supremos, mi vida estaba empeñada; ¿qué hacer? resolverme á aceptar un procedimiento enteramente contrario á mi modo de ser; además mi Patria estaba azotada por la fatal Dictadura de Melo y creí más honroso morir en el campo de batalla, defendiendo á aquélla, que dejarme sentar en el patíbulo, donde no podía disparar un tiro en su defensa: tomé un puñal en la mano derecha que oculté bajo mi bayetón y en la izquierda un pedazo de carne con el fin de ofrecérselo al centinela y á medio descuido clavarle el puñal y salir: pero la Divina Providencia me favoreció de este procedimiento, pues al acercarme al centinela me dijo entregándome el fusil: "voy á donde usted vaya."

Le recibí el arma, lo despojé de sus vestidos, los cuales cambié por los míos.

A la sazón me silvaban los presos del patio y comprendí que la tardanza era peligrosa. Efectivamente, media hora después había sido muy tarde.

Les voté el fusil y resbalándome por una columna, me incorporé con ellos, los cuales no aguardaban otra cosa para salir.

Debíamos salir por un caño cuyo cauce estaba arreglado convenientemente y que conducía á una casa situada al Occidente de la cárcel.

Mientras estábamos en estas faenas los soldados de la guardia estaban en el rastrillo.

Más de 17 presos, con Jiménez adelante, salímos por aquel caño y nos dispersámos por los tejados en distintas direcciones.

Muy pronto notaron la fuga é inmediatamente salieron patrullas en nuestra persecución.

Yo seguí por el tejado hasta la casa de la esquina Occidental y me voté al patio principal: alarmadas las señoras gritaban, pero yo les dije que no tuvieran cuidado que era un preso político que iba en fuga. Con esto cesaron los gritos y yo seguí instintivamente buscando el portón,

A este tiempo golpearon y por la rendija vi que era un señor envuelto en su capa, corrí el cerrojo y no se me ocurrió otra cosa que atropellarlo, como en efecto lo hice, dándole un fuerte empellón y seguí excusando cuadras hasta llegar á mi casa, burlando las pesquizas que nos hacían. Las puertas las encontré abiertas y mi madre estaba con mi padre en la mitad del patio, con lamentos y gritos, contando los pocos minutos que me restaban de vida.

Fácil es comprender lo que pasó en aquellos momentos. Todos estábamos fuera de sí; el extrecho abrazo dado á mi madre; la vista de mi esposa é hijo y toda mi familia, me hicieron olvidar por el momento mis sufrimientos, sintiéndome de un todo restablecido.

Con el fin de descansar y buscar algún restablecimiento, me refugié con mi padre en casa de la señora Guadalupe de Sáenz, quien en asocio de sus hijos Luis, Eduardo y Basilio Sáenz, nos alojaron con los más esmerados cuidados, tratándonos como á miembros muy inmediatos de su familia.

Esa noche estuve rodeado de toda mi familia y cada cual procuraba aliviarme.

Al segundo día partímos de á pie con mi padre en busca de mi jefe Ardila. Aquél no vaciló en acompañarme á pesar de su avanzada edad y de los achaques consiguientes á ella y á los sufrimientos.

Por páramos y desfiladeros, huyendo de partidas de gente armada que á cada paso encontrámos, al tercer día de viaje, por la mañana, divisamos el campamento á donde nos dirigímos. Fue tal nuestra alegría, que sin pronunciar una palabra, nos mirábamos uno á otro y extasiados permanecímos un momento, hasta que vímos unos ginetes destacarse de allí y venirse en dirección á nosotros: pronto reconocímos dos, eran Ardila y Jacinto M. Ruiz.

Fuímos recibidos con dianas, y con satisfacción vímos el placer con que se nos recibía.

En estos momentos ni la muerte hubiera sido capaz de aterrarme; escapado de los verdugos y con las armas en la mano defendiendo mis principios era para mí gloria inmarcesible.

Fuí nombrado Comandante y hecho reconocer con las fórmulas militares: mi padre fue nombrado Guarda-parque: el Coronel Ardila me dijo que seguiríamos el camino más conveniente á fin de vengar los ultrajes de que yo había sido víctima. Mientras yo preparaba mi caballo la gente de infantería quedó formada convenientemente para marchar, lo que se ejecutó con el auxilio de un vaquiano. El Coronel Ardila tomó el mando de la caballería y nos tomó la retaguardia.

Acampámos en el punto designado por Ardila.

Al día siguiente emprendímos marcha. Ya el Coronel Ardila me había comunicado el plan que llevaba. Ibamos, nada menos, que á encontrar al jefe Beriñas, que con más de 1,000 veteranos iba á exterminar nuestro pequeño ejército.

Me ordenó tomar la descubierta, la que se componía de Adolfo Sicard, Antonio Sánchez, Sinforoso Mutis, Juan Garzón y otros.

Al llegar á la *Boca del Monte* de Fusagasugá avistamos al enemigo que llegaba á la venta del *Roble*: allí lo observámos, contámos y conocímos los principales jefes.

Avisado Ardila, me ordenó que con mis doce hombres me emboscara bajo las sombras de aquel monte y dejó á mi elección los puntos que debía ocupar y el modo de romper el fuego, el cual secundaría con la gente de caballería que estaba en *Las Cuevitas*. Un tiro que no se precavió hizo romper los fuegos y poco se necesitó para poner en fuga al jefe rebelde quien dejó en el campo 14 entre muertos y heridos y todos los demás prisioneros, y considerable número de armas y elementos de guerra.

En este día vi estrenar por primera vez las lanzas á Jacinto M. Ruiz y Francisco Díaz; al primero con los movimientos, se le perdió la espada.

El Coronel Ardila, viendo que el número de prisioneros era considerable para nuestro reducido ejército, me los entregó, dejándolos á mi entera voluntad: los llevé en formación hasta El Hato, donde fueron racionados y puestos en libertad.

La vigilancia y trabajo se redobló, pues con este acontecimiento, todos los días nos mandaban gente á perseguirnos, con piezas de artillería á órdenes de un Coronel Jiménez; esta persecución tan tenaz tuvo mayor fuerza por haber capturado á un individuo llamado Marcelino Arévalo con su hijo Julián y un hermano, los cuales nos perjudicaban mucho quitándonos las comunicaciones que mandábamos y cogiendo las que nos remitían y los elementos de guerra que por cerca de ellos nos pasaran; además reclutaban mucha gente y remitían á Facatativá, para aumentar las fuerzas de Melo; un día que fue la esposa á verlo, tuve la indiscreción de dejarlos conversar con ella y al día siguiente, dos batallones, un escuadrón y una batería se nos presentaron á atacarnos, seguramente por las noticias dadas por la mujer; recibí orden del Coronel Ardila, muy terminante, de que inmediatamente que fuéramos atacados, los fusilara: esta orden la recibí delante de los presos y del Coronel Anselmo Pineda, que acababa de llegar, y Agustín, Eugenio y Cruz Díaz; en efecto, cumplí con sacarlos al patio de la casa, en momentos en que se oyó una detonación de cañón y retirándose el Coronel Ardila, me dio orden de

hacer con ellos lo que creyera más conveniente. Inmediatamente nombré en comisión á Cruz y Eugenio Díaz para que los llevaran á La Mesa, donde estaba el Ejército Constitucional; fueron entregados allí al General en Jefe. Dichos presos fueron incorporados en el ejército y fueron de los más valerosos en las varias peleas que tuvieron; pelearon en el Puente de Bosa, Las Cruces y en la toma de la ciudad, el 4 de Diciembre.

Mientras tales presos eran conducidos á La Mesa, el enemigo hizo un tiro de cañón á la casa que servía de cuartel en El Hato, y corrímos á tomar nuestras posiciones que de antemano nos había señalado Ardila, dejando la casa abandonada. Nos ordenó terminantemente no se disparara un tiro hasta que el enemigo no se hubiera tomado la casa: resultó que un individuo de á caballo se dirigió á la casa, le pegó fuego y luégo se retiró haciéndolo también todo el ejército: quedamos, pues, á la pampa y sin abrigo: esto pasó en un crudo invierno. En esta lamentable situación estuvímos algunos días, hasta que el Coronel Ardila resolvió marchar con la fuerza, por la vía de Pasca, á Fusagasugá; él se fue para La Mesa y yo quedé como primer jefe de la Columna y á órdenes de un Comandante Ortiz.

Esta Columna prestó un eficaz apoyo al Ejército Constitucional del Sur, favoreciendo su salida con la culebrina por la vía de San Antonio á Sincha. Fuí reconocido entonces como Capitán Ayudante Mayor por los Generales José Hilario López, Pedro A. Herrán, Rafael Mendoza, José María Vargas París y demás jefes.

Se me dio la comisión de explorar el campo del Puente de Bosa al río de Fucha, y poner un destacamento en el Puente de Bosa, en momentos que el ejército del Sur se acampaba en Soacha, Bosa, *El Vínculo*, *La Cantera*, *Casablanca* y Puente de Bosa; allí llegó la gente del General Henao y del Comandante Rovira, los cuales me relevaron y procedieron á atrincherarse, y yo seguí al Cuartel general á dar parte de mi servicio; allí recibí orden de cubrir inmediatamente, con la Columna Ardila el paso del río Bosa y tomar las casas del señor Jacobo Ramírez, donde pernocté con mi gente hasta el siguiente día, en que nos atacó el Ejército del General Melo, pasámos el río y nos atrincherámos en una zanja. Allí vi al General Melo entrar hasta la mitad del río de donde se devolvió á los tiros hechos por la gente que estaba atrincherada en dicho paso; el primer cañonazo de la culebrina que se le dirigió al escuadrón que llevaba, le impidió la pasada del río, y ordenando el Coronel Ardila que cargáramos, pasó nuestro escuadrón el río y el ejército de Melo todo cargó sobre el puente; después de la retirada de Melo á *Chamisera*, llegámos parte de la gente de caballería de Ardila al puente de Bosa, por donde había entrado la gente enemiga; ví sobre las trincheras que de-

fendían el puente varios soldados del ejército enemigo muertos; el cadáver del Coronel Rivera; estaba herido el General Henao. Al día siguiente me ordenó el Coronel Ardila, que con mi gente y dos compañías de un batallón del ejército del Sur, sin pérdida de tiempo, tomara las casas del Cerrito del Santuario. Salímos por *El Tintal* á vista del ejército de Melo.

Llegando á Puentegrande, se incorporó la caballería de Ardila, el cual dio sus órdenes y mandó unos emisarios, entre ellos recuerdo al señor Antonio Latorre, á que le intimaran rendición á Camargo, jefe de la fuerza que estaba atrincherada en Cuatroesquinas, en casa del señor Ciriaco Rico; la respuesta de Camargo fue "que fuéramos que allá nos tenía nuestros huevos fritos." Esta burla indignó al Coronel Ardila y abrió operacionss sobre la casa de Cuatroesquinas.

Parte de la caballería entró por la hacienda de San José y la otra parte por el camino de Funza á salir al camellón, arriba de Serrezuela, y el resto de la infantería que yo mandaba iba á entrar por los potreros á tomar la espalda de la casa.

Las compañías del Ejército del Sur, eran mandadas por los Capitanes Marcelino Angulo y Juan José Sánchez: con éstas tomámos las paredes de *La Corraleja* á espaldas de la casa y por entre las hojadas hacíamos fuego vivo á las trincheras que tenían en el corredor alto; estos fuegos eran los que más los ofendían: habiendo gritado que éstaban rendidos, salté una pared y fuí á desatracar una puerta que quedaba á la espalda de la cocina para que entrara mi gente: parte de ésta entró con los Capitanes Angulo, Sinforoso Mutis, Sánchez, el Sargento Antonio y mi corneta de órdenes Bernabé el que cogí en *Las Cuevas* prisionero. Subímos la escalera y encontrámos toda la gente con fusiles, los cuales rendidos y algunos arrodillados, entregaron las armas. Vi á un jefe quitándose su uniforme, me le fuí encima y observó que lo cambiaba por traje de mujer, y efectivamente era una negra, la cual por orden mía fue ayuntada al brazo del jefe Camargo.

Como no cesaban los fuegos de las caballerías contra los balcones del lado del camellón, á pesar de las repetidas dianas de mi corneta, tuve que salir al balcón dando el toque de cesar el fuego: abrímos la puerta, sacámos los prisioneros y mandé tocar parte, el que no pude recibir ni dar porque me llamó el Coronel Ardila, y echándome el brazo por los hombros me dijo al oído: "mi Comandante, retírese con los prisioneros á Serrezuela porque nos viene encima el negro Justo y Beriñas." Yo estaba á pie y le pedí el caballo á D. Ciriaco Rico y marché precipitadamente, llegué á Serrezuela con los presos, los que dejé esa noche encerrados en la cárcel, encargándoles que estuvieran tranquilos,

arreglé la correspondiente guardia en presencia de ellos y luégo la retiré en mucho silencio, y seguí á reunirme con el Coronel Ardila, al que suponía en reñido combate con Beriñas; pues oía tiros. En Puentegrande tuve noticia que se habían llevado á Régulo García Herreros prisionero, que le habían matado el caballo, y que la gente de Ardila picaba la retaguardia al enemigo. Precipité la marcha hasta Fontibón y allí tuve noticia que la gente había tomado por el lado de Engativá, por donde los sacó el negro Justo, burlando así, con la oscuridad de la noche que los protegió, de la carga que pudo haber recibido de Ardila

Al siguiente día fueron llevados los prisioneros al Cuartel general que estaba en la Quinta del señor Portocarrero, los que entregué llevando ayuntado á Camargo con la negra Dolores.

Me ordenó Ardila que fuera á tomar la casa de *La Fraguita* para cuartel y cubriera ese punto que era muy interesante. Llegué á dicho lugar, hice poner centinela de vista sobre el tejado de la casa para observar las operaciones del enemigo, porque parte de él estaba en la Estanzuela.

Al siguiente día se nos ordenó preparar, como de costumbre, para recibir los ataques del enemigo. Estando la Columna Ardila preparada, llegó un Ayudante Jenaro Materón y ordenó que se cargara; la Columna salió inmediatamente á Tresesquinas donde estaba el batallón Salamina; el Doctor Julio Arboleda, jefe de parte del ejército que estaba parado en el puente de la acequia disparó sus pistolas sobre nosotros, pegándole al Sargento Pedro Rojas Molina un balazo de cuya herida murió, y mató un caballo.

El escuadrón cargó sobre la Plazuela de Las Cruces estando el fuego nutrido. Los camellones estaban muy resbalosos por el fuerte invierno, pero no fue obstáculo para coger prisioneros la mayor parte del escuadrón del bravo Castro, quien estuvo en manos de Jacinto M. Ruiz; allí hirieron á Marcelino Flórez y murió Bruno Latorre.

Yo enlacé el cañón *Pedrero* y á la cabeza de la silla lo llevé en rastra y lo boté en el río de Fucha.

De esto no deja de haber algunos testigos, entre ellos recuerdo haber visto un joven de bota alta, sombrero negro, uniformado, herido en la cara, y preguntando quién era, me dijeron que era el Ayudante Alvarez, al cual había herido Castro.

Al día siguiente, por orden superior sacámos el cañón del río, lo montaron, arreglaron y pusieron en el puente de Santa Catalina.

Al otro día recibí orden de seguir con mi gente á Chapinero á ponerme á órdenes del General Mosquera, jefe del ejército del Norte, y con las precauciones debidas cumplí lo ordenado el día 1.° de Diciembre á

la una de la tarde. Tuve el honor de recibir un abrazo de dicho General con algunas felicitaciones, y habiéndonos llevado personalmente y con bandas al cuartel, me ordenó pasar al Estado Mayor General.

Inmediatamente cumplí sus órdenes y llegando á la oficina me presentó al General Tomás Herrera y le ordenó me diera $ 300 para raciones de mi fuerza que constaba de 150 plazas.

Al despedirme me dio algunas órdenes y me obsequió con tres condores para mis principales gastos.

Por la tarde me hizo llamar y me comisionó para venir á inspeccionar la ciudad y llevarle informes precisos de todo y dónde se encontraban las avanzadas. Seguí á desempeñar mi comisión, y atravesando potreros salí á espaldas del Cementerio y sentí la avanzada que en San Diego tenía el enemigo y los movimientos de la caballería por el camellón de La Capuchina. Atravesé el camellón de la Pila Chiquita, me encontré con las caballerías de Ardila y Agudelo que recorrían la línea desde la Pila Chiquita hasta las Cruces; fuí á la Estanzuela y pasé á la quinta de los señores Herrán sintiendo las avanzadas del enemigo y tiros que hacían de la Plazuela de San Agustín; me dirigí á la casa de Fabrica de Peinetas y encontré gente de la nuéstra, entre ellos á mi padre; estaban componiendo las muñoneras de un cañón en la herrería de Francisco Angulo, en un punto llamado el *Rancho de Paja*, seguí por la espalda de la iglesia de Santa Bárbara, del puente de San Juanito al chorro de María Teresa; en estas calles estaban las avanzadas de nuestro ejército, á órdenes de los jefes Doctor Julio Arboleda, General Rafael Mendoza, Briceño, Coronel Arnedo, Lázaro M. Pérez y otros que ocupaban el atrio de la iglesia de Santa Bárbara.

Por los constantes tiros del enemigo no se podía pasar; salí por la calle del Dividive y espaldas del convento del Carmen á salir al Molino del Cubo, y sintiendo gente de á caballo por las calles del Colegio del Rosario, salí al camino de la Aguanueva. En el punto de *Buenavista* encontré una avanzada á órdenes de Teófilo del Río, Guillermo Terán y Juan de la C. Herrera, y dándome el "alto quién vive" contesté: "un Oficial Constitucional en comisión." Di el santo, se me dio la seña y rendí la contraseña.

En esta noche, me relacioné por primera vez, con dichos oficiales, con los cuales después seguí militando, como se verá adelante.

Seguí mi comisión, pasé por espaldas de Las Aguas, atravecé el río San Francisco por abajo de la Quinta de Bolívar, salí al río del Arzobispo, donde encontré al General Herrera y le di parte de mi comisión, quien me dijo que si no fuera por la precisión de los puntos etc., de las avanzadas, no creería que en tan corto tiempo había hecho tal correría.

Me ordenó que inmediatamente me pusiera á órdenes del General Mosquera con la Columna Ardila, la cual estaba en Chapinero recibiendo el Parque general, que me entregó para ponerlo en la Quinta de Bolívar. Estando en esta comisión nos salió el enemigo del Convento de San Diego, á tratar de quitarnos el parque; tuve que desplegar la gente y atrincherarla en unas paredes y zanjones, é hice retirar parte de los que traían tercios á espaldas, y el Cuerpo asimilado á Zapadores por el camino de Monserrate á bajar á la Quinta de Bolívar; el fuego lo sostuve con los Oficiales Sinforoso Mutis, Anselmo Flórez, Crisanto Agudelo, Juan Garzón y su hijo Andrés.

En lance tan crítico, en que conducía un numeroso parque y cuya defensa estaba comprometida, llegó el General Mosquera á la cabeza del batallón Socorro y acompañado del General Herrera. Tal batallón lo hicieron formar frente á la torre de San Diego en todo el alto, y sin dar un tiro, á pesar que el enemigo no cesaba el fuego.

Los toques de atención, dianas, etc., anunciaron la llegada de todos nuestros jefes, quienes, saludándose, formaron en batalla también frente á la torre de San Diego. Estos jefes eran: Herrán, López, Gutiérrez Lee, Arboleda, Mendóza, Briceño, Lázaro María Pérez, y el resto del Estado Mayor del Ejército del Sur.

Este cuadro, tan majestuoso é imponente fue suficiente para que, sin dar un tiro, obligara al enemigo á suspender el fuego y encerrarse nuevamente en el Convento de San Diego. Era jefe del Cuerpo que nos atacó, Miguel León.

Yo seguí cumpliendo mi comisión la que concluyó á las ocho de la noche, y dándole parte al General Mosquera, me ordenó que me fuera á reunir con la caballería de Ardila, cosa que me fue imposible por haberse roto los fuegos; y vine á dar con mi fuerza al atrio de La Candelaria. Los fuegos me ofendían por diferentes partes y me obligaron á salir del atrio y tomar la calle de la Rosa Blanca, en cuya vía recibímos fuertes cargas del escuadrón del bravo Castro, al cual conseguí rechazar hasta la esquina llamada *Cuartillo de queso* y salí á la cuadra del Colegio de Santo Tomás.

Allí se nos votó el escuadrón que rechazámos nuevamente, y no pudiendo Castro hacerlo entrar, se nos votó y lanzeó algunos soldados; es de advertir que la energía y valor de Castro eran incomparables; al ir á lancear á Segundo Umaña, recibió de éste una herida que le ocasionó la muerte. Umaña recibió lanzadas de Castro, las cuales lo inutilizaron por mucho tiempo.

Viéndonos libre de este escuadrón, seguí con mi gente á la Calle Real. Allí me mataron un soldado llamado Hilario, el cual cayó frente

á la iglesia de Santo Domingo, y otro soldado que cayó en la puerta de la botica del Doctor Ibáñez; los fuegos que me hicieron estos daños, los recibíamos de la torre de la iglesia de San Francisco.

Abrímos carrera á la plaza constitucional la cual encontré sola, y al subir las gradas del atrio de La Catedral, vi al Comandante Ramos con su gente que bajaba por la puerta falsa. Gritamos " viva la Constitución " y con la guarnición de mi espada toqué en la puerta de la torre y grité que repicaran. Corrí á tomarme la Casa Consistorial y encontré diez soldados, los que se rindieron. Vi la primera gente que entró comandada por el Comandante Ramos y puso banderas en la pequeña verja.

El entusiasmo fue tál en la plaza de Bolívar, que, á pesar de estar nutridos los fuegos en San Agustín, en el convento y en el cuartel, entraron muchos particulares celebrando el triunfo y votando los sombreros.

A las cinco de la tarde las cajas tocaban bando y anunciaban el restablecimiento del orden.

Se nos ordenó acuartelar á todo el ejército, y con motivo de que mi padre entró con sus hijos por Las Cruces y yo por San Diego, no sabían en qué punto me encontraba ni dónde era mi cuartel; con este motivo salí con mi hermana después delas ocho, pasando por la plazuela de San Agustín, viendo muchos cadáveres, entre ellos uno que me llamó mucho la atención y el cual estaba tendido sobre el obús; y sabiendo que mi padre estaba en el cuartel, me retiré al mío donde duramos por tres días. Luégo disolvieron los cuerpos, y mi padre se retiró con sus hijos sin haber gravado al Gobierno en un centavo.

Antes de disolver las fuerzas D. Pedro Gutiérrez Lee, me dio la comisión de rondar las casas de algunos jefes enemigos. Fuí á la casa de Carlos Ordóñez, allí encontré al Doctor Angulo y Laureano Copete los cuales me prometieron, bajo su palabra de honor, que Ordóñez no estaba allí; me regresé y pasando por la plazuela de San Francisco, lo denunció una mujer, que estaba al frente de su casa. Me devolví, entró la gente á rondar y no habiéndolo encontrado, entré yo mismo y lo hallé escondido en un cajón de un sofá grande. Le ofrecí garantías y lo llevé á la cárcel; tuve que defenderlo en la Calle Real donde quisieron atacarlo.

Volvió á ejercer sus funciones de Gobernador D. Pedro Gutiérrez Lee, el cual me ordenó que tomara el convento de La Tercera para cuartel de la *Columna Ardila;* nos instalámos allí y permanecímos unos pocos días mientras se disolvió dicha Columna.

Volví á encarrilar mis trabajos y á reparar todos los perjuicios que el enemigo me hizo en mi casa; así me ocupé hasta el 1.° de Septiembre

de 1859 en que fuí llamado por el Gobernador de Cundinamarca, señor Emigdio Briceño y su Secretario Doctor Ramón Guerra Azuola, á prestar mis servicios como Capitán, donde estuve muy poco tiempo. El 13 de Octubre pasé al ejercito por nombramiento hecho por el Presidente D. Mariano Ospina y su Secretario de Gobierno y Guerra, Miguel Sanclemente, de Capitán de la 1.ª Compañía, quedando á órdenes del primer Jefe, Coronel Rudesindo Riveros y de Ramón Forero, 2.° jefe. Nos ocupámos en organizar el batallón número 4.° *de Línea* y disciplinarlo.

Los Capitanes de las cuatro Compañías eran, Jenaro Materón, de la 2.ª.; Ignacio Madero, de la 3.ª.; Marcelino Angulo de la 4.ª, y yo de la 1.ª.

Dicho batallón, aun cuando era de nueva creación, prestó sus servicios de plaza antes de un mes de organizado.

En el primer servicio que hice con mi Compañía, me tocó hacer la guardia de capilla á Jesús Malo, sentenciado á muerte, por haber matado á su hermano en el atrio de La Catedral, siendo Gobernador. Tal pena, por conveniencia pública, fue conmutada.

Estuve de plantón tres días. Fuí ascendido á Sargento Mayor.

Después se me comisionó para ir al puente de Villeta á llevar raciones á parte del batallón que estaba haciendo la guardia de presidio, y á mi regreso nos ordenaron preparar marcha para Santander á órdenes de los Generales Herrán, Emigdio Briceño, Ramón Espina y Diago. Estuve en las acciones de *Aguadulce* y *Galán* donde fuimos rechazados el Coronel Félix Monsalve, Guillermo Terán, Teófilo del Río, Jacinto M. Ruiz y demás oficiales.

Estando sosteniendo la retirada tuve la pena de dejar herido al Comandante Osorio y muerto al General en Jefe Juan de J. Gutiérrez, quien trató de impedirnos la retirada con su Ayudante Patiño.

Encontré al General Herrán á pie, con la mula herida á la raíz de la crin, y lo acompañaban el Coronel Francisco Torres, á quien en ese momento vino una bala y le pasó la cigarrera y cartera que tenía en el pecho, el señor Quintana y el Capellán.

Montando el General Herrán me ordenó sostener la retirada, lo que hicímos con Teófilo del Río, el joven Herrera y los oficiales del batallón 1.° *de Línea* y llegámos á unos corrales de piedra donde lo volvímos á encontrar, el cual con el Mayor Forero se ocupaba en organizar la gente.

Me ordenó que tomara una mula y fuera á volver la gente que iba en retirada.

Llegué al punto donde el oficial Daniel Vargas había hecho parar el parque que llevaba en retirada, debidamente custodiado. Eran las once de la noche.

Este oficial era de mi Compañía, y conociéndome me dio parte que el General Herrán le había ordenado ejecutar tal movimiento. Estaba acompañado por el Doctor Estanislao Fonseca, Comisario Pagador, por el Comandante Paz, Manuel Gómez, Trinidad Salazar y otros oficiales de diferentes cuerpos. Hice formar la gente y nos devolvímos al páramo de Casa de Teja donde estaba el General Herrán, el cual me ordenó ir á Tona á buscar recursos para la tropa. Dicho pueblo nos era hostil por lo cual me costó trabajo conseguir víveres; pero cuando vieron que se les pagaba, nos llevaron al campamento muchos recursos.

En Tona encontré al Sargento 1.° Barajas de mi Compañía que con algunos soldados de diferentes cuerpos estaban dispersos: los llevé al campamento.

Seguí por *Jaboncillo* donde poco antes de mi pasada había terminado un tiroteo el General Briceño. Encontré heridos y muertos de uno y otro ejército. Llegámos á Bucaramanga donde se reunió todo el ejército; allí se dividió parte por el *Sube* y parte con el General Herrán á pasar la cabuya de *Felisco*, la cual tuve que poner, pues el enemigo la había cortado, y con la primera fuerza qua pasó seguí á Aratoca en vía para el Socorro, donde se organizó todo el ejército para dar la acción de *El Oratorio*, porque allí estaba el enemigo atrincherado.

Dispusieron los jefes de los puntos que se debían ocupar.

A mí me tocó quedar de reserva con Rudesindo Riveros y la fuerza que mandaba el General Vargas París.

La primera gente que entró sobre las trincheras fue el medio batallón del 4.° *de Línea* comandado por el Mayor Ramón Forero y el Capitán Marcelino Angulo, el abanderado, París, Polo Mora, Ernesto Sicard y otros oficiales. Siendo rechazados se nos ordenó entrar por el centro en su protección; en esos momentos se empeñó un reñido combate en diferentes cuerpos: hubo muchos prisioneros de uno y otro ejército, y herido el Mayor Materón, y Lucio, jefe de una caballería, muerto.

Unas veces éramos rechazados y el enemigo salía de sus trincheras, otras veces lo obligábamos á ocuparlas. En este vaivén estuvímos desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, hora en que el enemigo estaba apoderado de nuestro campo. Se suspendieron los fuegos un momento.

Reunidos el Presidente Doctor Ospina, el General en Jefe, Herrán, Espina y algunos Ayudantes, y los jefes, Jacinto M. Ruiz, Federico Urrea y otros, se nos dirigió una ligera alocución y habiendo causado ésta tánto entusiasmo, el Coronel Riveros y el 2.° jefe Ramón Forero ordenaron cargar hasta entrar al campo enemigo, lo que hicímos tomándonos las trincheras. Polo Mora y yo cogímos el cañón.

Tomámos los prisioneros y recibímos sus armas; entre los prisioneres yo cogí al Gobernador Pradilla. También fue prisionero el General Arnedo y su Estado Mayor, y esa noche fueron custodiados por mi batallón.

De esto existen algunos testigos como el General Raimundo Castañeda á quien le ofrecí mis servicios como amigo. Visité los prisioneros en la cárcel del Socorro, y de allí, por orden superior marchámos para Vélez, donde estuvímos de guarnición por algunos días y reorganizamos el batallón. Luégo seguímos á rescatar la Salina de Chita y volvímos á Tunja donde estuvímos algunos días y se nos ordenó marchar para esta capital.

Llegando se dividió el ejército y parte de mi batallón fue mandado con otras Compañías á órdenes de Gregorio Trujillo, y Jacinto M. Ruiz al puente de Guillermo donde pelearon, y los Coroneles Rivero y Forero con nosotros para La Mesa, y se organizaron las Divisiones y mi batallón quedó en la 6.ª División que mandaban Gutiérrez Lee y su Secretario Carlos Holguín; seguímos para Guaduas y se me dio la comisión de ir á impedir el paso al General Mosquera á Pescaderías y otros puntos en el río Magdalena. Cumplí las instrucciones que en reserva me dio el General Gutiérrez Lee, entre ellas la de hacer comprendèr al enemigo que todo el ejército nuéstro llevaba esa vía. Me ordenó también permanecer en Pescaderías hasta nueva orden.

Luégo se me ordenó, que sin pérdida de tiempo, y después de estar en Pescaderías seis días, me retirara al alto del Sargento; así lo hice y encontré al General Gutiérrez, al Doctor Holguín y al jefe de mi cuerpo. Me ordenaron marchar á incorporarme á la División que estaba en *La Barrigona* atrincherado, pues ya se sabía que el ejército enemigo pasaba el Magdalena.

Llegué á *La Barrigona* y me ordenaron salir con dos compañías á revisar el campo. Me acompañaron Manuel Gómez, Fidel y Basilio Luengas, Polo Mora, Daniel Vargas y José M. Estévez.

Sin tener noticia nos encontrámos con el ejército enemigo. Fuímos atacados por los Generales y jefes José Hilario López, Rafael Mendoza, González, Mario Padilla, Daniel Delgado, José Quintero y Antonio Mejía.

Muy cerca estuve del negro Justo y su caballería.

Sostuve con Polo Mora y los otros oficiales el fuego en retirada; me mataron un Cabo y el corneta de órdenes; llegámos á *La Barrigona* y nos colocámos en las trincheras, pero no nos atacaron.

Esa noche el General Gutiérrez y el Doctor Carlos Holguín resolvieron emprender retirada y me comisionaron para protegerla: en

efecto, condujeron el parque y las baterías con el mayor silencio por la orilla del río Magdalena. Sentímos al enemigo hacer trochas para cortarnos; pero fue burlado

Con algunas dificultades llegámos al día siguiente á la quebrada de Chaguaní donde se preparó todo el ejército para el combate; enterrámos las bombas del obús en diferentes puntos con sus corrrespondientes minas; colocámos en buenos puntos las piezas de artillería; las primeras eran manejadas por Escallón y Borda, y las otras por Juan del Río, Gaitanes, Patricio Parada y otros.

La caballería estaba á mando de Pedro Arjona. Todo nuestro trabajo allí fue inútil.

El día de la exponsión con el General Mosquera, yo estaba de Jefe de día y aun cuando era de opinión que se rompieran los fuegos, no lo conseguí. No se oyó una sola detonación, las únicas municiones que se gastaron esos días fueron las del batallón 4.° *de Línea.*

Estando en los tratados Gutiérrez Lee, Doctor Holguín y General Mosquera, tuve mala idea, é infringiendo un artículo de la Ordenanza, y en favor de la causa me les presenté, con pretexto de pedir instrucciones para colocar el batallón *Restaurador* que acababa de llegar. Me contestó Gutiérrez que lo aguardara un momento.

Me dirigí al Coronel Garcés, Jefe de Estado Mayor y le informé lo que había hecho y cuál era la causa. Hizo tocar orden general, en la cual aprobó mi procedimiento.

En el campo enemigo tocaron atención.

Hubo un armisticio de tres días y en la quebrada de *Chaguaní* nos saludámos con los jefes y oficiales del enemigo. Algunos jefes y oficiales estuvieron en el campamento de Mosquera; esto corroboró la mala idea que tuve el día anterior y de que dí parte al Coronel Garcés.

Yá principié á notar muy relajado nuestro ejército, hubo insubordinaciones y allí principiaron á pasarse de los nuéstros al ejército de Mosquera.

Terminado el armisticio seguímos por Chaguaní para Villeta. Aquí estuvo la 6.ª División y sabiendo que Mosquera había tomado la vía de San Juan, seguímos para Facatativá, donde estuvímos algunos días. De allí se fueron el General Arjona y Juan Ardila para Tunja con una fuerza, y á mí accidentalmente se me mandó á Bogotá á desempeñar una comisión de reformar unos fusiles, la que verifiqué.

Salímos y acampámos en el Corso frente á Cerrogordo, y como mi enfermedad continuaba, quise separarme pero no me lo permitieron; tuvimos movimientos distintos y al fin me ordenaron cubriera á Cuatroesquinas.

De allí salió una fuerza á órdenes de Eliodoro Ruiz y Trujillo á encontrar á Obando y habiéndolo hallado en Puentedetierra se trabó un combate; donde murieron Obando y el Doctor Cuéllar que lo acompañaba.

En mi humilde concepto el responsable de tal acontecimiento fue Mosquera, porque se supo que él le trazó la vía por donde debía salir, ofreciéndole protección. Mosquera en Cerrogordo, observaba todo y es natural que hubiera previsto lo que pudiera pasar; pero permaneció quieto y no lo apoyó.

Mi enfermedad continuaba; á pesar de esto fuí comisionado para venir á escoger al parque unas armas y arreglarlas, poniéndome á órdenes del Coronel José María González; cumplida mi comisión me regresé el 13 de Mayo á incorporarme á mi cuerpo.

Luégo á marchas forzadas seguimos por esta ciudad á Usaquén donde se hizo cuartel general en el, Chicó. Mi batallón y la caballería de Carrillo fue acampada en la pampa frente á la casa que tomó Mosquera para cuartel; en algunos días hubo ligeros tiroteos.

El 12 de Junio tuvo lugar un combate con todo el ejército, y logré entrar á la corraleja frente á la casa del enemigo: mi gente hizo algunos tiros, pero á este tiempo pasaba el General Mosquera montado en un caballo negro, el cual se le mató. Esto lo presenció el entonces Coronel Santos Acosta.

En dicha corraleja estuve con mi gente hasta las siete de la noche, hora en que me hizo retirar, lo cual hice sin mi voluntad, el Coronel Rudesindo Riveros, el cual estaba á pie, porque á las cuatro de la tarde le habían matado el caballo con una bala de cañón.

Nos retirámos á nuestro campamento hasta el siguiente día 13, día de San Antonio.

En este día se dijo misa en el campamento, y á las doce nos dieron orden de marchar por los mismos puntos por donde entrámos el día anterior, lo que hicimos sin hacer caso de los tiros que hacían para impedirnos la entrada. Los puntos que yo había ocupado los tomó el enemigo para recibirnos el 13.

El combate se empeñó por la tarde; los fuegos de las baterías á mando de Escallón y Borda no cesaban, oímos tocar á la carga con la seña de nuestro cuerpo y cargamos. La corraleja estaba defendida por el jefe Santos Acosta.

Traté de tomarme la trinchera y al ir á saltar la cerca recibí un balazo á quemaropa, el cual me botó á la chamba; de allí fui levantado por el corneta Epifanio Morales, hoy Coronel, y Valentín Perilla y otros. El Cabo Salvador Mora me llevaba cargado al campamento, y en el tra-

yecto encontramos al Doctor Quijano Otero que iba con el batallón *Cívico de la Unión*. Se desmontó de su caballo y me hizo montar, quedando él á pie cumpliendo con su deber.

En este día murió en el combate el Coronel Ram ón Amaya, y el llanero Martínez jefe de de una caballería, el cual había sido herido el día anterior.

Del campamento fui conducido á mi casa á las diez de la noche, hora en que me llevaron mi caballo.

Dejé heridos allí al General Viana, al Comandante Osorio y otros jefes.

A mi casa me acompañaron Ernesto Sicard, Alejo Vargas y otros que fueron nombrados en comisión los cuales se devolvieron inmediatamente.

Mi familia me prodigó, como siempre, toda clase de atenciones, llamaron médicos y esa misma noche quisieron hacerme la operación de extraerme la bala pero yo no conviñe y aguardé al siguiente día é hice llamar al Doctor Bayona, médico de mi confianza.

El me hizo la operación, me extrajo la bala y me prodigó mil atenciones por lo cual le conservo eterna gratitud.

Durante mi enfermedad, era visitado por varios jefes y oficiales; todos los días me daban párte de mi cuerpo.

Un día recibí una esquelita de Manuel Gómez, hòy General, en la que me anunciaba que estaban muy contentos y gozaban mucho.

Habiéndome ido á visitar Alejo Madero, me refirió que en los días de San Juan y San Pedro, hubo fiestas en el campamento con motivo de la corrida de gallos, buen humor y mil cosas más.

Le pregunté si en el campamento enemigo habían hecho lo mismo y me respondió que nó.

Nada volví á saber. El 18 de Julio sentí en los cuarteles de San Agustín llamadas de jefes y oficiales, subí á la glorieta de mi casa y vi que ya estaba la ciudad rodeada por el enemigo. En este momento pasaba por la Estenzuela para la Fragua un escuadrón y un batallón.

Inmediatamente ordené á Alejo Vargas que ensillara mi caballo, me uniformé, monté y salí, á pesar de la oposición que en casa se me hizo.

Encontré al Coronel Gregorio Trujillo y me puse á sus órdenes, me dijo que ya la gente había salido; me fui para el Alto de San Diego donde estaba el combate empeñado, pasando por el camellón de La Capuchina.

Eecontré las caballerías formadas, mandadas por Pedro Dávila, Juan Ardila y otros jefes. Seguí hasta Tresesquinas, donde estaba el

General Posada haciendo poner una pieza de artillería y á Valentín Perilla; seguí por el camellón á salir á Las Cruces. Estaban tirotéandose en el *Alto del Cuchuco*. Encontré á Carrillo y estuvímos haciendo algunos movimientos de caballería, y al pasar por la calle de La Carrera vi al Coronel José de J. Moreno en el balcón de su casa, el cual estaba también herido. Me volví por la plaza de Bolívar y seguí por el camellón de Las Nieves, me encontré con Cenón Padilla y me dijo que era inútil toda resistencia, que ya venían todos en retirada y cogiéndome la rienda de mi caballo me ofreció su casa para favorecerme, diciéndome que allí estaba Morales y otros, no le acepté. Seguí y efectivamente encontré los cañones que traían en retirada.

Regresé y volví á mi casa, donde no pude desmontarme, pues las heridas se sangraban tánto que la ropa quedó pegada en el asiento del galápago.

Volví á la plaza de Bolívar y encontré á los Generales Herrán y París y un hijo de éste; el Comandante Osorio á pesar de estar herido, salió de á caballo de la Casa Arzobispal; nos reunímos en la esquina de la primera Calle de Florián y oímos los vivas al General Mosquera; vimos banderas amarillas en las ventanas de las casas, las bandas tocaban polkas.

En estos momentos mataron al Comandante Osorio.

Mi caballo con la música y bochinche se puso fogozo; ya yo no lo podía manejar, pues la hemorragia me había debilitado mucho: instintivamente, desbocado, siguió por la calle de Florián y fue á parar detrás de la Capilla del Humilladero.

Vi desde allí pasar todas las baterías de mi gente y los artilleros prisioneros, al General Mosquera, á D. Eustacio Latorre calzando alpargatas.

En estos momentos siguió mi caballo por la calle de El Arco y fue á dar una cuadra abajo, hasta casa de mi comadre Inocencia Bulla de Sierra, y como estaba acostumbrado á ir á esa casa, de una hosicada abrió el portón y fue á dar al tercer patio.

Me desmontaron la señora de Sierra y sus hijas.

Ella quiso cerrar el portón pero se lo impedí, aconsejándola que era más conveniente que pusiera banderas amarillas, lo que así hizo.

Por los cristales de las ventanas vi pasar una partida de caballería y entre ellos iba Fernando Sánchez, el que estaba con nosotros y le oí decir "á San Victorino."

Esa noche estuve en dicha casa, y como pude di aviso á casa dónde me encontraba, fue mi esposa y me bañó las heridas; después me ocupé en forrar los cascos á mi caballo para evitar que se sintieran las pisadas y salí. Los forros se trozaron muy pronto.

Seguí por la calle de Santa Ana donde encontré una patrulla, y dándome el "alto quién vive" le respondí imitando el estilo caucano, "*Moquera, hemo triunfao.*"

Pasé por el Molino del Cubo, á salir al chircal de mi padre en donde le dejé razón á mi familia que me iba para El Hato y que iba bien. Salí por arrabales á dar al paso de Fucha y fuí á dar arriba del *Alto de San Vicente* donde encontré una partida de derrotados que estaban durmiendo. Hablé con Jenaro González que era uno de ellos y seguí para Usme. Llegué á casa del señor Victorino Ramírez, amigo conocido, quien me aconsejó que no siguiera para El Hato, aunque habían pasado Juan Ardila, José M. Agudelo y Manuel Urdaneta para allí; mi herida era grave y no tendría quién me asistiera, que era mejor siguiera para su establecimiento que tenía en el Colegio. Me sacó hasta *Puertagrande*; llegué á la venta y encontré al amigo Mogollón y me indicó que siguiera por el camino de la hacienda de Tequendama, porque en Soacha estaba Pedro Escobar cogiendo toda la gente.

Pasé por dicha hacienda, donde estaban viéndome algunos compañeros, entre ellos Simón Hernández, y sin saludarnos seguí mi camino.

Llegando á la Boca del monte me fue imposible pasar, pues hallé colocada una palizada intencionalmente.

Resolví dejar el caballo y seguir de á pie, y así lo hice; ya había caminado un largo trayecto cuando fuí sorprendido por el caballo el cual brincó la palizada y siguió.

Monté y seguí hasta la hacienda de El Tigre, propiedad de D. Enrique Umaña. Llegué á una venta de Manuela Moreno, la que estaba desocupada y las puertas abiertas, pues le habían dicho que venía gente armada y que robaban las casas y mataban la gente.

Eran las siete de la noche y resolví desmontarme. Manuela tuvo noticia por un muchacho que me conocía, que era yo quien había llegado, y salió con su familia de su escondite y le supliqué me tibiara un poco de agua; me bañó las heridas, me proporcionó alimentos y dio maíz para mi caballo.

Pasé allí la noche y muy temprano emprendí viaje por la hacienda de Junca, la cual tenía en arrendamiento D. Paulino Díaz, por la hacienda de San Pedrito del Dr. Rufino Umaña; llegué á mi casa donde creí encontrar á mi hermano Mamerto, quien quedó encargado de los trabajos de campo; pero tan solo encontré á una negra que servía de cocinera, la cual salió á recibirme, desencilló el caballo, me proporcionó alimentos y me bañó las heridas.

Tres días después de mi llegada se me presentó el señor Tomás Barriga á ofrecerme sus servicios y á manifestarme que tenía recomendacio-

nes de su padre, el General Valerio Barriga, para servirme en lo que yo necesitara.

Le dí las gracias y se fue. Por la tarde llegó un muchacho con víveres y algunos medicamentos mandados por dicho señor Barriga.

Después fue á visitarme el señor Paulino Díaz y me refirió lo que había pasado en Bogotá: el General Mosquera mandó fusilar en la Huerta de Jaimes, á Placido Morales, el Doctor Aguilar y Ambrosio Hernández, los cuales haciéndolos arrodillar les hicieron fuego.

Los tres cadáveres habían durado votados allí hasta las ocho de la noche, que llegó mi hermano Bruno y los recogió é hizo conducir el cadáver de Morales á la iglesia de la Capuchina.

Después me visitaron el Doctor Rufino Umaña y D. León Vargas Calvo, los cuales también me ofrecieron sus servicios.

Emprendí mis trabajos de campo, y á pesar de estar imposibilitado por las heridas, pocos días después me encontraba feliz, reunido con mi esposa, y ocupado tan solamente en mis quehaceres.

Estando en mi campo de El Colegio tuve la noticia por mi madre que llegó alli de la entrada y de la estrellada del General Canal contra los fuertes cuarteles de San Agustín.

Por una casualidad vine en esos días á esta ciudad y presencié la sacada de las monjas por Miguel Gutiérrez Nieto.

Después fueron desterrados los sacerdotes que no quisieron aceptar obediencia al Gobierno.

Fue en este tiempo cuando se dio la ley de Manosmuertas; la del matrimonio civil, el cual dio por resultado que algunos se casaron hasta cinco veces.

Hubo libertad de industria, de imprenta, de pensamiento y de palabra sin límites.

Esto ocasionó una corrupción tal, que no se daba un paso, sin presenciar un acto inmoral; las sirvientas insultaban á sus amos; no había respeto por las señoras, y todo el mundo estaba expuesto á mil cosas.

Luégo de algún tiempo fue amarrado Mosquera y se encargó de la Presidencia el General Santos Acosta.

En uno de estos días hubo algún movimiento y el General Barriga fue á mi casa á proponerme que tomara servicio en el Ejército: yo no acepté exponiéndole que estaba imposibilitado por las heridas y que además estaba en calidad de vencido y por consiguiente sería indecoroso para mí ir á ocupar el puesto de los vencedores. Me expuso que los Jefes de mayor graduación estaban colocados y como prueba de confianza los habían mandado con el Ejército al Sur del Tolima: fueron los que pelearon en el Guaspud.

A pesar de todas estas exposiciones no consiguió que le aceptara la propuesta.

A pocos días recibí un oficio del Gobernador del Departamento de Tequendama, Doctor Benigno Guarnizo, nombrándome Alcalde de la aldea de El Colegio.

Acepté y estuve cuatro años ejerciendo allí ambos poderes, el de Alcalde y Juez.

Aquella aldea progresó mucho moral y materialmente.

Se formó una bella y escogida sociedad, compuesta de las familias de D. Cristóbal Umaña, los Tobares, Alejandro Arango, Segundo Ortega, José María Sarabia, Miguel Cuervo, León Hinestrosa y Máximo Vergara.

Estas familias, unidas, le dieron embellecimiento, y los paseos, bailes y diversiones eran continuas.

En ese tiempo se montó un puente colgante, costeado por el señor Sarabia; el establecimiento de café y añil; la máquina de templar azúcar por medio de la fuerza centrífuga, invención del Doctor Pedro Vera asociado con Higinio Cualla; pero ésta última no produjo ningún efecto favorable.

Había calma, bienestar, etc. hasta que vino la elección de D. Ignacio Gutiérrez para Gobernador de Cundinamarca, la cual dio lugar á muchos desórdenes y hasta combates.

En La Mesa hubo desórdenes y allí perdió el ojo derecho de un cachiporrazo José de J. Cancino, Capitán, 2.º Jefe de la Policía del Estado.

Posesionado D. Ignacio de la Gobernación fuí nombrado por él, Jefe del Departamento de Tequendama, puesto que no acepté voluntariamente sino á instancias repetidas del Gobernador de Tequendama y de algunos amigos.

Me encargué de la fuerza y formé dos batallones; luégo pedí permiso para separarme y entregué la fuerza al Gobernador, Teófilo del Río.

Me comisionó D. José M. Sarabia para que fuera á llevar un dinero al General Córdoba al Espinal, comisión que acepté y tomando una carga de petacas, en la cual iba el dinero, en casa de Venancio Afanador la cargué, y llevándome por compañero á Jaime de Bernal, salí á las nueve de la noche.

Llegué á Tocaima, fuí á casa de Luciano Afanador y le pedí una bestia para relevar la mía.

El fue conmigo al potrero y la cogimos.

Recibí una comunicación del señor Leopoldo Pinzón para llevarla á Girardot al Gobernador, al cual encontré allí y dándole parte de mi comisión, nos fuímos con él para Peñalisa, y habiendo llegado, habló del Río con el señor Miguel Nieto; me entregaron otro poco de dinero, lo

pasé el río y seguí por la montañuela donde había gente armada de la del General Córdoba, con esta gente llegamos y fue entregado el dinero en el Espinal.

Con motivo de esta comisión me relacioné con todos los Jefes del Ejército del Tolima.

En esta época, Timoleón Mesa atacaba á Córdoba por diferentes puntos.

El Ejército marchó para el Saldaña, donde se supo que estaba Timoleón y yo me regresé por Peñalisa en dirección á La Mesa.

Pasando por el punto de los "Monos" encontré dos hombres con maleteras, y les pregunté de dónde venían.

Se tardaron en contestarme y habiendo notado que estaban cortados y no decían con precisión nada, les dije que se estaban tardando mucho con las comunicaciones que traían para Timoleón, y que yo las estaba aguardando porque eran muy necesarias. Vacilaron mucho, pero al fin uno de ellos dijo que me había visto con Timoleón y al fin me las entregaron.

Las vi y me regresé inmediatamente al Tolima á imponer del contenido de ellas al Gobernador, D. Luis Caicedo, el cual estaba en su hacienda.

El Alcalde del Guamo me dio un práctico y con el auxilio de éste, llegué donde el señor Caicedo á las ocho de la noche: impuesto de las comunicaciones, me dijo que al día siguiente pasaríamos el Saldaña á informar del contenido de las comunicaciones al General Córdoba; le pedí un práctico ofreciéndole que esa misma noche llegaría al campamento. Entonces resolvió el señor Caicedo irse conmigo donde tenía sus barquetas preparadas; pasámos el río Saldaña, llegamos al puerto donde estaban las avanzadas y fuímos reconocidos: eran Oficiales Vicente Umaña y un joven Rosillo; con ellos seguimos al campamento y fuímos recibidos por Córdoba y su Secretario Doctor Pizarro.

El General Córdoba me hizo sentar en su hamaca y dormimos un rato.

En el campamento me exigieron al día siguiente que me aguardara á almorzar, á lo que accedí.

Estábamos bañándonos cuando sentimos unos tiros: montamos y acompañé á Gentil Quintero á revisar el campo, porque el enemigo estaba ya abriendo operaciones.

Resulta que no era hallado el Comandante Casabianca, el cual había salido á explorar el campo se creía que lo habían matado ó estaba prisionero.

Inmediatamente Córdoba, en mi presencia llamó al Comandante

Eustaquio Caicedo y lo nombró accidentalmente Jefe de la fuerza que mandaba Casabianca.

Se dijo que los oficiales del campo enemigo que estaban explorando eran amigos de Casabianca, y se habían puesto á tomar trago y así sucedió.

Luégo se retiraron cada uno para su campamento.

Al volver Casabianca se encargó nuevamente de su fuerza.

Con la tarde hubo un movimiento por la orilla del Saldaña, por el enemigo.

Acompañé á Gentil Quintero, el cual salió con un piquete de caballería. Se avistó con una infantería á órdenes de Giraldo, y habiéndonos éste disparado unos tiros, la caballería le cargó.

De este encuentro, resultó Giraldo herido, el cual fue traído prisionero al campamento del General Córdoba.

Allí fue interrogado por el Coronel Mutis acerca de la situación del campo del enemigo, número de gente, etc. etc.

Me regresé para mi casa de donde fuí llamado por Teófilo del Río á encargarme nuevamente de la fuerza, la que organicé y discipliné.

Recibí un oficio del Gobernador, para que reconociera como Jefe de la fuerza á Adolfo Canal y me pusiera á sus órdenes, no acepté y entregué dicha fuerza, retirándome de hecho.

Siempre he acostumbrado á salir á los campos de batalla, cuando es necesario, á defender mi causa, y en tiempo de paz vuelvo á mis trabajos, estando retirado de toda intriga y adulación.

Y aun que esto, como yá dije, es propio en mí, me pareció indecoroso, estar á órdenes de Canal, el cual había sido oficial de mi cuerpo á tiempo que yo era Sargento Mayor.

Entregué, pues, á Canal la fuerza, armas, etc. etc. y yendo en via para mi casa, en Sócota supe que el General Ponce y Navarrete iba con fuerzas á atacarlo y me devolví á avisarles.

No lo creyeron, pues Leopoldo Pinzón aseguraba que tenía doce espías, pagándolos de su bolsillo y que ninguno se había aparecido á darles aviso.

Resultó que el señor Pinzón pagaba á quien no le servía, pues muy temprano al día siguiente se avistaron las fuerzas y se empeñó el combate.

Las balas llegaban á la plaza de Tocaima é hirieron á algunos.

El Comandante Marcelino Angulo con Tiberio Mier y otros oficiales y el Sargento González, sostuvieron los fuegos en Piedra de Candela.

Los que no cayeron prisioneros salieron para Casasviejas y yo habiendo salido por Andorra me fuí á quedar á Copó donde los Vergaras,

y siguiendo por el Naranjal, pasé por Santa Rita y llegué a mi casa de El Colegio, donde fuí perseguido por el Alcalde Castillo y su Secretario Bernardo Díaz, quienes me hostilizaron tánto, que tuve que suspender mis trabajos, ocasionándome mi completa ruina.

Un día, viniendo de visitar á mi amigo Carlos Abondano, llegué á El Colegio á las 7 de la noche y encontré al pueblo amotinado contra el Alcalde Castillo. Me dijo el Secretario que dicho Castillo era un arbitrario, como yo lo había presenciado, le contesté á Díaz y otros, que siendo el Alcalde una persona moral yo lo sostenía. Se dispersó el motín, cuando yo grité que saliera el Alcalde. A pesar de estar solo, pues no me acompañaba sino mi hijo Buenaventura, que estaba muy pequeño.

Seguí para mi casa.

Al día siguiente, antes de aclarar, fue Castillo á mi casa y me dijo "Anoche lo oí á tiempo que estaba escondido en la copa de un árbol donde me favorecí, pues me buscaban por entre el pastal para asesinarme; la llegada suya me salvó." Me dio las gracias y permaneció en mi: casa ese día, yéndose al siguiente para La Mesa á llevar su queja. Lo saqué por el puente de El Colegio.

Lo sucedió como Alcalde Higinio Cualla, del cual tuve noticia que armaba gente para aprehenderme: me le presenté voluntariamente en la Alcaldía y le dije: "Señor Alcalde, algunos amigos me han dado aviso, que usted está armando gente para cogerme, aquí estoy á sus órdenes." Me contestó: "Juan, eso no es cierto ni tengo orden; así es que tienes garantías."

Le dí las gracias y en esta confianza seguí para La Mesa.

Allí el Alcalde con dos policiales me envió una boleta de comparendo, y habiéndoles dicho á los policiales que iría pronto, me dijeron que tenían orden de llevarme, pero como les dije que si no me permitían un momento me tendrían que llevar por la fuerza; se retiraron y yo fuí á la Alcaldía; allí se me intimó prisión y en este momento se presentó el Doctor Maldonado Castro quien me dijo que yo entraba en los indultados y nos dirigímos donde el Gobernador. Después de algunas disputas, tuve que dar una fianza de $ 2,000, comprometiéndome á presentarme en Bogotá.

Lo hice, y fueron muchos los cargos que se me hicieron; me mandaron reducir á prisión, me presenté á Rudecindo López, el que me dijo que para mí no había indulto ni saldría de la cárcel, hasta tanto no entregara 200 fusiles que estaban en mi poder. Le contesté que era cierto había recibido 200 fusiles nuevos con atracaderas de cobre, de manos de D. Ignacio Gutiérrez el cual me los había mandado á La Mesa y que eran los mismos que había cogido el General Ponce á la fuerza que entregué á Canal en Tocaima.

Le ofrecí su valor, pues no podía hacer otra cosa. Resolvió mandarme á la Penitenciária.

En este momento salió el Doctor Pradilla de su escritorio con una cuartilla de papel en la mano, escrita la orden de prisión, y al entregársela al Alcaide la tomé y vi la firma y le dije: " Doctor Pradilla. Este es el pago que me da usted por haberle salvado la vida en *El Oratorio* cuando lo cogí prisionero " y seguí para la prisión.

Allí encontré de guardia á unos amigos quienes no consinticron en que se me encerrara hasta tanto no almorzara con ellos.

Estando terminando el almuerzo, llegaron el Coronel Manuel Urdaneta y uno de mis hermanos con la orden de excarcelación á condición de presentarme á las 48 horas en La Mesa al Gobernador, y cumpliendo esto me notificó Bueno Ramírez como autoridad, prisión y me dio la ciudad por cárcel; así permanecí todo el tiempo que López estuvo de Gobernador.

Me siguieron causa por abuso de autoridad, ocupé el banco de los acusados.

El Jurado me absolvió, declarando que no había responsabilidad alguna.

Este Jurado lo presenciaron mis mejores amigos como el Doctor Duque, Emilio Sáiz, Cesareo Ricaurte, Jerónimo Trujillo y otros.

No había más prueba sino una ó dos cartas las cuales creo serían dictadas por Pedro y Bernardo Díaz.

Estando libre me fuí para mi casa, la que encontré arruinada; resolví venderla con todos los terrenos y lo hice al señor Lisandro Duráu, y me vine para esta ciudad haciéndome cargo de la dirección de algunas obras y del manejo del Teatro de mi hermano.

Establecí bien mis trabajos y en el intervalo de 1869 á 1875 hubo algunas cosas notables con motivo de la división del partido liberal; entre éstas la herida del señor Leonídas Flórez y la tentativa de asesinato al General Mañuel Briceño por algunos miembros de la Sociedad de *La Salud Pública*, el desprecio hecho al Doctor José M. Samper, cuando en una reunión de tal Sociedad en el Teatro Maldonado, le dijeron que él no podía ser jefe del partido liberal. De tal Sociedad fue miembro el General Ponce, quien después fue independiente y jefe de la Regeneración.

En este tiempo también tuvieron lugar algunos crímenes como el de Sagrario Morales por las Setinas y el asesinato del Doctor Vargas.

En mis trabajos continué hasta el año de 1875 en que estaba yá organizado el partido conservador.

En una casa que le hice á mi hermano Bruno en la calle de San

Miguel, coloqué con mis propias manos todas las columnas engrampándolas é hice el frente. En esta casa están colocadas algunas maderas cortadas antes de trazar el plano de esta ciudad, y son unas vigas que servían de tirantas en la iglesia del Humilladero, de amarillo de peña, las cuales hoy se conservan intactas y con la misma labradura que tenían, y fueron colocadas por curiosidad. Hoy están á la vista.

Vi la destrucción del Altar mayor de Santo Domingo, quitando los lienzos de algunas imágenes para hacer petos para los presos; aunque algunos no querían ponérselos eran obligados por la fuerza.

Con motivo de la muerte de Obando, el cual fue jefe de la guerrilla de Guasca, y muy amigo mío, asistí al entierro, al que concurrieron más de 4,000 personas.

En el Cementerio el General Posada tomó primero la tribuna y como por su edad no tenía ya seguridad en sus movimientos, me acerqué á ayudarlo á subir y permanecí hasta su bajada cerca de él. Luégo que se bajó quise hacer lo mismo pero algunos amigos me lo impidieron y me obligaron á hacer algunas manifestaciones acerca de los méritos de Obando; así lo hice y recuerdo que terminé diciendo que Obando llevaba la vanguardia de la Regeneración, título que heredábamos sus amigos, y que siempre lo llevaríamos hasta coronar su cima.

Inmediatamente tuvo conocimiento el Presidente Parra y dio orden para que se me aprehendiera. De esto tuve noticia y montando salí á dar algunas órdenes á un oficial que trabajaba conmigo en una obra de la señora Teresa Arrubla. Estando en esto, llegó una escolta y me preguntó: " ¿ Estará aquí D. Juan Maldonado ? " Respondí que sí, que acababa de subir la escalera.. La escolta se dirigió allí y yo salí en dirección á Soacha; con algunos amigos me pronuncié y á la hora tenía 40 hombres armados, los cuales aumenté en esos días con Emigdio Briceño.

De Puertagrande á Sibaté formamos los batallones *Libres de Soacha*, número 5.° y el escuadrón *Ardila*.

Carecía de armas y municiones y resolví irme al Colegio á la hacienda de Calichana por unas municiones y unos cañoncitos, los cuales habíamos construído con Segundo Umaña en la *Casa de Letras* y había mandado al señor Fernando Caicedo. Al salir de la hacienda con las mulas cargadas, encontré uno de los soldados, que había dejado en el puente, á avisarme que había yá destacamento enemigo en dicho puente.

Seguí y al llegar á tal puente, me hicieron algunos tiros y me dijeron algunos insultos. Me retiré á la sombra de un árbol y dispuse que Pedro Hortúa, Vicente Umaña, Federico Rincón, Angel María Rojas y el resto de la gente me secundara en el movimiento. Forcé el puente descargando mi revólvers y Emigdio Briceño su carabina. El des-

tacamento emprendió la fuga dejándonos dos fusiles; los seguímos y encontrámos los caballos ensillados, los conocí que eran de los Ramírez y ordené que no se tomaran; seguímos y pasámos por la hacienda de Junca, el Mayordomo nos obsequió con guarapo, y les dejé con él razón á los Ramírez para que fueran por sus bestias. Seguímos hasta *El Arracachal* donde organicé la gente y dejé á guardar un cañón con sus aperos mientras hacíamos las municiones lo cual no pude hacer porque mis compañeros no aceptaron la artillería ambulante, aun cuando en Soacha intimidamos, con un tiro del cañoncito á una caballería que nos perseguía.

Luégo seguí á incorporarme á la guerrilla de *Mochuelo* donde me puse á órdenes del General Posada. Allí estaban también el Doctor Carlos Martínez Silva y Heliodoro Ruiz. El General Posada había ido á pasar la gran revista que tuvo lugar en Yomasa.

Tuvímos algunos tiroteos. En los movimientos contínuos, un día en que la gente con el Estado Mayor se había ido adelante á Soacha y yo llevaba la retaguardia, sentí algunos tiros y me devolví del Puente de Bosa y mandé al Capitán Miguel Martínez por la sombra de las paredes y oculté la otra gente.

La gente del General Adolfo Amador y la de un Comandante Vaquero entró por todo el camino real á tratar de tomar el puente.

La corté de tal suerte que le quedó impedida la retirada y á los pocos tiros se fueron Amador y Vaquero, quedando en mi poder y de Ignacio Sánchez y Vargas, quienes tomaron parte activa en este encuentro, setenta y nueve fusiles y sus municiones y los prisioneros, los cuales llevamos á Soacha. Se contaron los prisioneros y el Doctor Carlos Martínez Silva salió inmediatamente, y esa misma noche mandó parte dando cuenta de lo acaecido.

Por esto fueron más activas las persecuciones.

Tuve fuertes encuentros con el enemigo en *Puentegrande* y *San Benito* donde tuve algunas pérdidas de mi gente, siendo notable la muerte de Martín Trujillo, 2.° jéfe; omito la relación de la ida á Fusagasugá con los prisioneros.

En la acción de Yomasa, donde perdímos á Gaitán y Plazas y algunos heridos, tuvímos que retirarnos; la mayor parte de la gente se fue por Usme, quedándome yo en *Casablanca* aguardando una Compañía que á órdenes del Capitán Pardo había mandado á cubrir el camino de *El Boquerón de Chipaque*. Pardo se presentó al otro día con toda la gente sin dejar un soldado.

El resto de mi gente siguió para *Juntas* donde la encontré al otro día.

Por las fatigas constantes ignoraba todas las disposiciones y la pérdida de la guerrilla de Guasca, hasta el día en que llegaron el General Manuel Briceño y su Ayudante Tobar, á tiempo que en Yomasa nos cargaba en persona el General Camargo y Domingo Acosta.

Todo el Estado Mayor se había retirado para Usme y yo quedé solo con mi gente haciendo frente al enemigo, como tuve que hacerlo cuando cogí la gente de Amador. Pero auxiliado por Briceño pude sostener la retirada hasta encontrar el Estado Mayor y la demás fuerza, y nos avistámos con el enemigo. Era la caballería de Domingo Acosta, la cual nos formó y después de algunos tiros se retiró.

El Estado Mayor estaba compuesto de Lázaro María Pérez, José M. Samper, Juan N. Valderrama, Doctor Carlos Martínez Silva, Francisco de P. Santander y el General Posada.

Luégo se dividió la gente quedando la mayor parte á órdenes del General Urdaneta, Juan Ardila y otros jefes, y yo con mi gente á órdenes del General Heliodoro Ruiz, nos fuímos á coger una partida armada á Chipaque, según me decían; llegamos allí, pasando por *Los Hornitos* y preguntando por la gente enemiga me dijeron algunos amigos que por esos puntos no había.

Pasámos por Ubaque, llegámos á Choachí donde nos organizámos para marchar á Guasca.

Pasando por La Calera resolví preguntarle al General Briceño para dónde era la marcha; me dijo que nos íbamos á reunir con Valderrama que tenía muy buena gente y á recibir unas armas y municiones. Llegámos á Guasca y seguímos por la vía de Tunja hasta Santa Rosa, donde fuímos recibídos con coronas.

Pasando por algunos pueblos, por páramos y desfiladeros, llegámos á San Gil, donde nos reunímos con la División Valderrama y emprendímos marcha para el *Sube*. Con mil trabajos pasámos el Ejército y el Parque y yo fuí á tomar el punto de *Los Santos* por orden de Briceño; allí permanecímos unos días y nos avistámos con el Ejército enemigo, que, á órdenes de Camargo, llegó á orillas del *Sube*, y habiendo resuelto los jefes, nos retirámos, lo cual dio lugar á que Camargo pasara sin obstáculo.

Diariamente, por orden superior, yo ocupaba distintos puntos, favorecido ó protegido por la caballería de Gabriel Pulido, hasta el día que Camargo con su Ejército llegó á Bucaramanga, de donde salímos á las llanuras y nos fuímos para Cácota y luégo á Cucutilla. Allí permanecímos unos días, y como era bien considerable el número de quintales de pólvora que llevábamos, pero estábamos muy escasos de balas, me ocupé en hacer muchas, tanto que en una noche hice once mil. Los operarios que

más me ayudaron, fueron Narciso Sánchez, Agudelo, Emiliano Caicedo y Vicente Umaña, como oficiales de mi fuerza.

Se preparó la marcha, ordenando que las caballerías marcharan á pie por estar inutilizados los bagajes en su mayor parte. Esto ocasionó algunos disgustos y la consiguiente baja de la mejor gente.

En San José de Cúcuta se reorganizó el Ejército y se sacaron auxilios echando empréstitos, los cuales la mayor parte dieron voluntariamente debido á la política del Presidente Provisorio, Doctor José M. Samper.

Continué mi trabajo de construcción de municiones tomando la medida de los calibres de los fusiles que, desgraciadamente eran de diferentes números.

Se abrieron operaciones. Llegó el batallón *Gramalotes* con unos prisioneros cogidos en San Pedro y Ocaña. Este batallón me lo agregaron á mi fuerza y dispusieron que me quedara custodiando los prisioneros y defendiendo la plaza; sabiendo que ya estaban en *La Donjuana* batiéndose, pasé donde Samper á pedirle licencia para ir á aquel punto á llevar municiones y auxiliar al Ejército. Samper resolvió irse conmigo y entregándome cinco mulas cargadas, me advirtió que esas no las llevaría sino mi batallón, y á tiempo de montar me echó el brazo por la espalda y entrando á su pieza de despacho me dijo: las cajas que van son los fondos del Ejército y no las lleva otra persona sino usted.

Seguímos en busca del Ejército, pasando por La Vega y á corta distancia encontré un jefe que vino á decirme que venía en comisión á que apurara con el parque; esto me dio mala idea, pues era increíble que un jefe encargado de alguna gente de consideración, viniera solo á esa comisión. Luégo llegaron algunos soldados con el fusil en balanza y quedé convencido que era una derrota completa.

Me devolví á La Vega donde hice descargar el parque y preparé mi gente, dándole orden á los Capitanes Caicedo y Umaña que extendieran su gente y no dejaran pasar á ninguna persona aun cuando fueran jefes de mayor graduación.

En este punto paré toda la gente que venía en derrota y ocuparon los corredores de las casas de la población, y sentándose, se quedaban dormidos apoyados en sus fusiles.

Viendo yo aquella situación, el deber me imponía auxiliarlos hasta restablecer algo sus fuerzas físicas, y personalmente hice abrir las puertas de las tiendas, supliqué á las señoras y dueños de establecimientos, auxiliaran esas gentes y les pagaría.

A las siete de la noche llegó el General Alejandro Posada, trayendo una bandera tricolor envuelta en la cintura, acompañado de Val-

derrama, el Doctor Martínez y Silva y demás jefes del Estado Mayor y habiendo querido seguir, la gente que puse de guardia, les impidió hasta tanto les diera yo nueva orden.

Municioné la mayor parte de la gente, tomando la medida de los calibres, á muchos soldados les coloqué municiones en las cartucheras con mucho silencio á fin de no interrumpirles el sueño. Esto lo hice esa misma noche acompañado de mi Ayudante, dos soldados y el Sargento 1.° Narciso González.

Todos los jefes de Estado Mayor General siguieron á Cúcuta y yo me quedé en La Vega organizando y municionando la gente con el Mayor Vargas, 2.° jefe.

Llegaron el General Briceño y su Ayudante Mariano Tobar, á pie y con sus espadas ceñidas, y habiéndonos abrazado me dijo el primero: "dadme algo que comer;" por casualidad llevaba un pan, el cual se repartió con su Ayudante.

Recibí orden de llevar la gente á Cúcuta, movimiento que efectué. Llevé á Briceño á la oficina de Samper, y habiéndose tendido en una hamaca, extenuado por las fatigas, se quedó dormido.

Allí se formó toda la gente, se les dio raciones sin hacer caso que á uno le tocara un poco más y al otro un poco menos; no noté mayores bajas, y hablando con los jefes Simón Hernández, Gabriel Pulido, Juan León, Gaitán y otros, conocí el entusiasmo y buena intención de volver sobre el enemigo como era mi opinión.

Dieron orden para marchar á Ocaña y resolví hablar con el Presidente Samper y le observé que no me parecía bien esa retirada y que dado caso que se efectuara, no los acompañaría. Pasé donde el General Posada con el mismo objeto. Le observé más: que había dos batallones que no habían peleado, que el enemigo también estaría organizándose, y que creía conveniente nos volviéramos sobre él, tomando yo la vanguardia; me dijo que faltaban municiones, y yo le contesté, que suplíamos ese obstáculo con el arma blanca. Salió y consultó con los demás jefes y fue aceptada la idea. Con el batallón 5.° y el *Gramalotes* tomé la vanguardia y oí dar orden á Simón Hernández para que me protegiera con su caballería.

Pasé por La Vega, di orden al Mayor Vargas para que escogiera los soldados más conocedores del camino y marcharan con el Capitán Orosco adelante á explorar el campo. Llegando al llano de Carrillo, encontré dos de á caballo divisados con la bandera Norteamericana; preguntéles qué gente venía y apenas pude comprenderles que venía gente. Poco adelante salió Campo E. Gutiérrez con dos compañeros; nos hicieron algunos tiros, los cuales fueron contestados por la descu-

bierta; dividí la gente; una parte por la izquierda, otra por la derecha, y yo con la otra por el centro. Entrámos precipitadamente sobre unos jefes que venían adelante, entre ellos Camargo, Adolfo Amador, Trino Vargas, los cuales nos descargaron sus revólvers; una bala me hizo una pequeña contusión en ls pierna derecha, pero los hicimos devolver hasta encontrar su gente que venía á larga distancia.

Si Hernández con su caballería me hubiera protegido, como se lo ordenaron, algo habría hecho en nuestro favor, pero empeñado un tiroteo con toda la gente de Camargo, el que duró largo rato, nadie absolutamente vino en mi auxilio.

Sostuve el punto hasta que mi Ayudante me comunicó la orden de retirada, comunicada por el Ayudante Castro.

Me retiré, pasé por Cúcuta desorientado completamente de lo que pasaba, con el estorbo de tres cajas de pertrechos que trataron de quitarme y las cuales tuve que defender con violencia.

Los prisioneros salieron á interesarse para que me quedara, ofreciéndome garantías pero no acepté y seguí á correr la misma suerte de mis compañeros.

Llegué con la poca gente que me quedó á orillas del río Zulia á las once de la noche; vi al otro lado hogueras y un campamento; di algunas voces con el fin de reconocer la gente y me contestó Briceño que estaba en el estacamento.

Pasé el río con las cajas que tánto me había recomendado Samper, y dormimos sobre ellas. Le hice algunos cargos á Briceño y me dijo que todo lo habían hecho sin que él tuviera conocimiento, pues como yo había visto, él, rendido había tenido que descansar un rato y se había dormido, y fue despertado después de todos los movimientos. Sin embargo, le había ordenado á Rafael Ortiz, para que me hiciera retirar, pero Ortiz en lugar de ir á comunicarme esta orden, se había ido con algunos oficiales para el Táchira, según me informaron después.

Al día siguiente pasamos á un trapiche, donde estaba acuartelado el Ejército; entregué las cajas que contenían los fondos, de lo cual hasta entonces nadie sabía.

Allí se quedaron algunos jefes con sus compañeros y nosotros seguímos para Gramalote. Era tal la contrariedad que se había apoderado de mí, que de nada me daba cuenta.

Llegué á Gramalote con una fuerte hinchazón en la pierna derecha y fiebre, y reconocido por el médico del Ejército, Antonio B. Gutiérrez, era consecuencia de una bala recibida en el llano de Carrillo.

Por primera vez fuí á solicitar del General en Jefe, Valderrama, auxilios pecuniarios, pues mi enfermedad requería gastos y tanto mi Ayudante como yo estábamos completamente desprovistos. 7

Inmediatamente que hablé con el General Valderrama pasó á su oficina y luégo salió con un papel en la mano y me lo entregó. Su contenido era una orden terminante que decía. "Dénsele cien pesos al Coronel Juan N. Maldonado por haber salvado los fondos del Ejército."

Dicha suma me fue entregada por Juan N. Valderrama y la repartí en dos partes iguales dando una á mi Ayudante.

En los pocos días de nuestra permanencia allí, me restablecí algo. Un día que salí á la plaza vi en la torre de la iglesia una campana larga y angosta en figura de mortero; subí, la examiné y le hallé en el asiento oído y respiraderos. Me vino la idea que servía para botar bombas y me fuí donde el Cura y se la pedí; él accedió con gusto y por la noche en mucho silencio la bajé con Antonio Pava, Narciso Sánchez y un oficial Solórzano al cual encargué de manejarla. La ensayé y me dio buenos resultados.

De Gramalote seguímos en dirección á Ocaña y San Pedro, y pasámos por *La Corcobada.* Allí viendo los jefes que había una oposición general á la marcha, siendo yo uno de ellos, hicieron tocar llamada de jefes y oficiales para resolver lo conveniente. Asistí á esta reunión. Por primera vez se consultó mi opinión. Me preguntaron qué me parecía, y en alta voz contesté: " yo para mis compañeros he sido moro al agua. Por no estar restablecido, no he ejecutado mi marcha sobre el enemigo, como lo pensaba."

De los jefes y oficiales que asistieron á esta reunión, existen hoy más de 40.

Ordenaron dejar las cajas de pólvora y otros elementos del parque y volvernos sobre Cúcuta, y aunque las marchas las hicimos forzadas, salímos sin obstáculo alguno hasta Mutiscua donde recibí orden verbal de Samper para que tomara la descubierta con mi gente, y aunque estaba con fiebres intermitentes, acepté la comisión.

Emprendí la marcha y al llegar al *Páramo de Golondrinas* salió una guerrilla á mando de un Hernández y nos hizo unos tiros, pero se retiró inmediatamente que mi Ayudante y Sánchez los empezaron á flanquear.

A pesar de haber sido insignificante esto se mandó suspender la marcha y al día siguiente hubo discursos de Samper. Resolvieron los jefes contramarchar para Mutiscua.

Le tocó á mi Ayudante hacer el servicio de Jefe de día y me comunicó la orden de contramarcha.

Pensé quedarme en ese punto porque me era imposible seguir á consecuencia de las fiebres.

Llegó Briceño con un guando á llevarme, pero viendo yo el incon-

veniente fatal que les iba á proporcionar, haciendo sacrificios monté como pude y seguí con el Ejército.

Llegando á Mutiscua, en presencia del Doctor Domingo Ospina Camacho me preguntó el Coronel Sebastián Ospina, dónde se colocaba su gente, y le dije que contra la cerca de piedra.

La entrada la hicímos por un puente el cual nos dejó libre el enemigo, y después de pasarlo fue cuando nos cargó con violencia.

En este combate, como en todos los que estuvo el Coronel Sebastián Ospina, dio ejemplo de valor y patriotismo; fue en Mutiscua donde rindió su última jornada, disparando su revólvers sobre el enemigo.

Al señor Doctor Domingo Ospina Camacho le concedieron licencia para enterrar su cadáver; aquél quedó prisionero.

Yo me ocupaba en hacer arreglar la campana para disparar con Solórzano algunas bombas, cuando fue herido mi caballo, el cual cayó y asustado con los tiros se levantó y abrió carrera, y aun cuando tenía yo mucho abrigo por mi enfermedad, alcancé á agarrarme de la cola y me arrastró un largo trayecto.

Yá el Estado Mayor había emprendido la retirada.

Paró mi caballo y ayudado por un soldado Pantaleón, monté y seguí por exigencia de mi ayudante, el cual se comprometió á sostener los fuegos. Seguí por la vía que había tomado el Estado Mayor, pero me fue imposible alcanzarlo, pues á más de mi enfermedad mi caballo estaba herido.

Me sorprendió la noche en la orilla de una quebrada y resolví quedarme.

Como pude me desmonté, solté el cabestro de mi caballo y me arrimé debajo de un árbol; así pasé la noche, y al aclarar el día siguiente tomé el rastro por donde habían pasado mis compañeros y llegué á orillas de una laguna, donde debajo de una gran cueva estaban acampados algunos de los jefes del Estado Mayor, entre los cuales recuerdo al General Posada, Antonio Gutiérrez, médico del Ejército, que me ayudó á desmontar. El Doctor José María Samper viendo el estado en que llegué, cogió un poco de paja, lo tendió en una parte seca de la cueva, puso un bayeton y me dijo: "mi Coronel, acuéstese usted aquí," me abrigó con mi bayetón y un encauchado y luégo él mismo me llevó un poco de agua de panela, y con esto me restablecí algo. Fue el Doctor Samper el único que me compadeció é hizo lo que pudo por mí.

Los otros compañeros mandaron en comisión á Mutiscua, á Antonio B. Gutiérrez á pedir garantías el cual volvió con una comisión. Averiguando por mi Ayudante, nadie me daba razón, hasta que alguno dijo que llevaba la lista de los prisioneros y al leerla oí el nombre de Buenaventura Maldonado.

La noticia de que mi hijo existía me restableció un poco más, y resolví venirme con la comisión, anheloso de verlo. Era él mi Ayudante y en los días anteriores á la acción de Mutiscua, lo habían ascendido á 2.° jefe.

Llegué á Mutiscua después de las ocho de la noche y me quedé en una casa donde estaban hospedados Plutarco Vargas y Hernández. Mucho temí esa noche, pues oí decir á Hernández cuando Vargas le dijo que habían llegado Samper y Posada; esos nos los sorvemos como un huevo.

Esa noche no pude ver ninguno de los prisioneros, pues los habían sacado.

Al otro día los alcancé llegando á una casa de teja, donde los aseguraron y ahí se quedaron; yo también me quedé y con algún pretexto me introdujeron donde estaban y pasé la noche en medio de Simón Hernández y mi hijo Buenaventura. A éste le dije que estaba viendo cómo los podía rescatar y le dí la seña, para si llegaba el caso, tuviera preparados á todos los compañeros.

Al día siguiente sacaron los prisioneros y el dueño de la casa me invitó á almorzar, y me hizo saber que había conseguido favorecer á Briceño, al cual por poco cogen el día anterior, y que lo había puesto en seguridad en una estancia.

Montó él en mi caballo y se fue por el camino real y yo montando en el caballo de él me fuí con un práctico por unos desechos: á las 4 de la tarde llegamos los tres donde estaba Briceño.

Deliberamos acerca del camino que debiéramos tomar.

Briceño pensaba pedir garantías y entregarse, pero le improbé observándole que sería engrandecer más el triunfo.

Nos quedamos juntos en una barbacoa y resolvimos que él siguiera para Guasca y yo seguía á ver qué suerte corrían los prisioneros. Briceño no tenía un centavo en el bolsillo y yo saqué lo poco que me quedaba y le dí la mitad.

Se fue con dos compañeros y un práctico por el páramo y yo seguí á los prisioneros.

En Morondontoque se avistó la gente de Valderrama con el ejército liberal: aquélla pidió garantías y entregaron las armas; mientras arreglaron sus tratados, fueron colocados los prisioneros en un zanjón que era el camino, y colocada la gente en las lomas donde pudieran divisar los prisioneros. El jefe dió orden que si alguno pretendía hacer algún movimiento, les hicieran fuego.

Un soldado dejó escapar un tiro y la bala le hirió un pie al Coronel Agustín Garzón.

Todo esto lo inspeccionaba yo detrás de la escolta de los prisioneros.

Arreglados los tratados, ordenaron marchar para Guaca. Llegando á un puente para entrar al pueblo, salió una guerrilla é hizo unos tiros matando é hiriendo á algunos soldados de la descubierta. Plutarco Vargas, el cual conducía los prisioneros, los hizo colocar al frente de una casa, entre un monte, y dio nuevamente orden de hacerles fuego si intentaban algún movimiento.

La guerrilla se retiró y entramos á Guaca con toda la gente. Los prisioneros fueron asegurados en la iglesia y la gente que entregó las armas se vino para Cundinamarca.

Allí estuve tres días con el fin de seguir con los prisioneros: llegando á San Andrés, fuí atacado nuevamente por la fiebre; estuve donde un cura venezolano, el cual me mandó á casa de unas señoras, las cuales yá tenían recomendación de un señor Gutiérrez para atenderme.

Allí estuve como ocho días sin dar razón de nada, pues la fiebre aumentaba, aun cuando eran muchos los cuidados y esmero de las señoras.

Aun cuando no me había restablecido, resolví salir á hablar con mi hijo por saber que estaban de marcha para Piedecuesta, pude verlo en el balcón de la casa que les servía de cárcel y me pidió un peine y una camisa; pude conseguirle estos objetos y se los llevé.

Luégo fuí á hablar con el General Wilches y le exigí la libertad de mi hijo, pero me dijo que no podía por estar ya los prisioneros á orden del Gobierno general. Me dio un salvo-conducto para mí.

Asociado de Polo Mora fuí á visitar al General Canal, el cual estaba prisionero y herido, logré verlo, lo cual me causó pena, pues durante la campaña no lo había visto, ni sabía dónde estaba, aun cuando su división tenía fama.

Me volví para la casa. Salieron los prisioneros. Nuevamente me agravé á consecuencia de las requisas que me hacían los oficiales que quedaron de guarnición.

Vieron una mula y un caballo que yo tenía y que eran de mi propiedad y le dieron cuenta al General Hernádez, Jefe de la fuerza, que quedó llevando el resto de los prisioneros y los que tuvieran salvo-conducto.

Con dicho General había sido yo relacionado aquí por conducto de mi hermano Bruno; tomó las bestias en calidad de compra, me dió $ 50 y me dejó una bestia de la Brigada para que, bajo mi palabra de honor me presentara en Piedecuesta.

El viaje solo era peligroso, pues muchos fueron los asesinatos que hubo. Yo aproveché la ida de unas señoras y sus sirvientas y las acom-

pañé: ellas iban á reclamar unas bestias y á ver algunos de su familia que estaban prisioneros.

Al siguiente día, por la tarde, llegando á Piedecuesta, encontré una partida de gente armada y uno de los oficiales me preguntó al General Hernández: le dije que hacía tres días se había venido para allí, en esto llegó un jefe é hizo apurar la gente. Después tuve conocimiento que habían asesinado á Hernández.

Llegámos á Piedecuesta, me desmonté en casa del señor Elías Mantilla, al cual iba recomendado por un amigo.

Fuí muy bien acogido, se me tributaron tántas atenciones y cuidados, que sólo de mi familia los podía esperar; Mantilla me llevó médico, el cual me visitaba tres veces al día. Multitud de remedios eran los que me recetaba, entre éstos recuerdo unos baños de agua caliente con salvado y sal; todos me eran aplicados con puntualidad y logré restablecerme. Eterna es la gratitud que conservo al señor Mantilla y á su señora madre, los cuales se desvelaban por mi salud.

Mucho los recuerdo y así como en mi mente quedaron gravados los finos modales y maneras decentes de esta familia, con justicia apreciada por todos, quedaron también gravados en mi corazón los innumerables servicios que me prestaron oportunamente.

Tenía D. Elías una cervecería y cajones de abejas con colmenas; yo le hice algunas observaciones favorables á sus empresas y le dirigí la postura de una bomba para sacar agua en reemplazo de toneles. Entrámos en mucha intimidad y me exigía que me quedara.

Dio el Alcalde de aquel lugar un decreto, que fue publicado por bando, en el cual ordenaba se presentaran todos los individuos que habían pertenecido á la fuerza vencida, con el objeto de darles garantías. Me lo hizo saber Polo Mora diciéndome que él se iba á presentar, pero yo le improbé y le dije que lo que querían era mandarlos presos á todos.

Así sucedió, pues á todos los que se presentaron los mandaron presos.

A consecuencia de la imprudencia de un Comisario Mayor llamado Cobos, el cual, no hacía otra cosa que reclutar y perseguir á todo mundo, fue á la carnicería á tratar de coger á un muchacho y porque no le obedeció al momento, le pegó, y un hermano de éste lo atravezó con el cuchillo que le servía para matar el ganado, dejándolo tendido junto á las reses muertas, hubo alarma y el Alcalde se aprovechó para ir personalmente á rondar las casas con fuerza armada, llegó á la de Mantilla, donde yo estaba, á las ocho de la noche, y puso centinelas. Yo me alarmé muchísimo, y sin pérdida de tiempo, me puse un bayetón y un sombrero; estaba allí un inglés, el cual creo haría ir esa gente á buscarme; le dí un empellón y lo voté sobre los centinelas, y descalzo salí precipitadamente

por la huerta de la casa, favorecido por los árboles y matas de cidra, burlando al soldado que me seguía y dejando enredado mi sombrero en una rama.

Saltando paredes y cercas de piedra llegué á un cacaotal á orillas del río, y luégo pasé á una manga, donde estuve la mayor parte de la noche oyendo todos los movimientos de la gente.

A la madrugada, cuando ya estaba todo en silencio, me fuí para la casa pasando por los mismos puntos por donde había salido, y con muchos trabajos llegué y logré abrir la puerta del corral. Me recibió la señora madre de Mantilla, la cual compadecida de mi situación redobló más sus atenciones y me facilitó alimento.

Con estas persecuciones fuí escondido por Mantilla en distintos puntos; pero no estando seguro me llevó donde unos parientes á un trapiche; la señora de la casa era muy hospitalaria, é impuesta de mis sufrimientos me atendió mucho y me obsequió con cinco fuertes para mi viaje.

Por indicación de Mantilla estuve luégo oculto en distintos puntos y últimamente me recomendó al señor Gabriel Duarte, el cual me sacó por la Mesa de Los Santos recomendándome á su vez á otro señor Mantilla, y por éste fuí sacado al río; de Sube ordenó me pasaran y recomendaran á un hombre que servía de Comisario de Aratoca, el cual me puso en el camino de San Gil recomendándome que no fuera á referir esto; lleguś á la hacienda del General Rueda, el cual estaba enfermo; allí encontré dos jóvenes compañeros míos, que estaban empleados, y estuve tres días.

Uno de los jóvenes vino á San Gil á facilitarme modo de salir, y me llevó noticia que habían pasado los prisioneros y que los traían á pie.

Me vine á San Gil y me hospedé en casa de un maestro zapatero llamado Clemente; allí pasé la Semana Santa oculto, pues á consecuencia de la fuga de algunos prisioneros, tenían guardias por todas partes y rondaban las casas. Allí estaban un Doctor Castillo y Manuel Rueda, amigos míos, pero no pudimos vernos.

Un Doctor Martínez, esposo de una señora Plata, hija de D. Pastor Plata, con quien me relacioné en el Socorro, fue á verme como coopartidario y me auxilió con diez fuertes para seguir.

Habiendo muerto el General Rueda, la fuerza se ocupaba en los honores, y aproveché esta ocupación para salir, teniéndolo que hacer por desechos y caminos desconocidos; un joven salió á sacarme; en el puente de San Gil había guardia y por esta razón tuve que variar de rumbo, ocultándome en algunos puntos por tener noticia que había fuerza, y sin saber cómo salí al Santuario. Mucho me impresionó, pues no hallé sino escombros y ruínas, dejando por el camino sepulturas, las cuales, según me dijeron unas mujercitas, guardaban los cadáveres de unos jóvenes que habían asesinado porque habían incendiado la población.

Pasando por caminos fragosos y montañas llegué á Olivares; allí encontré una guerrilla y la mayor parte llevaban sombreros de ramo; iban bien armados.

Me desmonté en una venta con pretexto de tomar algo, temiendo á esa guerrilla; llegó el Jefe de ésta, persona que no conocí, y me llamó por mi graduación y nombre y me preguntó cómo había salido allí; por toda respuesta pude decirle que la suerte me había colocado en aquel punto, y me dijo que ya estaba salvo, y que la mayor parte de la gente estaba en Gámbita, y me dio un soldado para que me condujera allá. Esa noche nos quedamos en un ranchito en la orilla del camino, y emprendimos marcha temprano.

Llegué á una casa y el señor dueño de ella me dio una bestia para seguir, pues mi caballo ya no podía andar; allí lo dejé, era el mismo que me habían herido en Mutiscua.

Me recomendó algunos recados para sus hijos que estaban en Gámbita, los cuales encontré al llegar y salieron precipitadamente á saber de su familia, pues conocieron el caballo y comprendieron que yo había pasado por allí.

Les entregué el caballo y ensillé una mula que me dio un amigo para que se la dejara en Cajicá á un señor.

Seguí y al pasar por Ubaté, extraviando caminos para no tocar con la población, adelante encontré á Jenaro Peña á quien traté de hacérmele el desconocido, pero él me vio y dándome un abrazo, quiso hacerme volver para su casa y con mucha instancia me ofreció sus servicios, los cuales no acepté, por desear ver á mi familia que era mi único deseo

Me quedé en una venta cerca de Cogua y muy temprano, á la madrugada, pasé por Zipaquirá.

Llegué á Cajicá y me dirigí á casa de un Doctor Benavides, con quien fuimos muy amigos desde muchachos.

El me ayudó á averiguar por el señor al cual debía entregar la mula y me facilitó bestia para venirme, y exigió al dueño que viniera él mismo á devolverla.

Pasando el puente del Común encontré un joven hijo de D. Francisco Sandino, el cual se vino conmigo; llegamos á esta capital á las ocho de la noche; me llevó á su casa que quedaba en el chorro de San Antonio. Me hizo desensillar la bestia, la cual fue entregada al dueño; dejé allí mi montura y seguí para mi casa.

Con los abrazos de mi madre, esposa, Buenaventura, al cual encontré allí, y demás familia, olvidé por completo todos mis sufrimientos, calmando también los de mi familia que me aguardaban por momentos.

Me entregué nuevamente á mis trabajos, me encargué de algunas obras y del Teatro de mi hermano, y, trabajando con mucha constancia, logré reunir, durante este lapso de tiempo que gobernó el partido liberal, una pequeña fortuna; no fuí molestado, y antes sí me ofrecían destinos que no acepté.

Tan sólo, y por exigencia que no podía desatender, celebré el contrato de arreglar la verja del Parque de Santander, de cuyo contratista era fiador mi hermano Bruno.

En el año de 1884, siendo Gobernador del Estado de Cundinamarca el General Daniel Aldana, expidió la Asamblea una ley por la cual prorrogaba el período contitucional del Gobernador; el período prolongado, aun cuando no cobijaba la Administración Aldana, se lo apropió.

Se ocupaba con mucho empeño en construír la carretera de Cambao para sacar por aquella vía el material para el Ferrocarril de la Sabana.

Con motivo de la prolongación del período del Gobernador, principió una alarma, la cual dio por resultado una revolución en el Estado. Se pronunció en *La Barrigona* el General Ricardo Gaitán Obeso. Allí organizó un Ejército de consideración, el cual en su mayor parte, era compuesto de La Culebra de Ambalema, y del cuadro de Chicuaza. Una vez organizado tomó la vía de San Juan de Rioseco y se dirigió en dirección á La Mesa. Llegó á Vianí y siguió á pasar por las propiedades de los señores Fidel, Isaac y Jenaro Mendieta que allí tienen.

Los Mendietas se ocupaban en sus trabajos cuando tuvieron noticia de lo que pretendía Gaitán, y resolvieron impedir la pasada de aquella gente por allí, pues sabían que no solamente les quitarían sus animales, sino que estaban expuestos, tanto ellos como su familia, á mil ultrajes, conocido el carácter y sentimientos de aquella gente.

En efecto, reunieron todos sus trabajadores que alcanzarían á cien, y formándolos en guerrilla, los armaron de palos y los presentaron á Gaitán en actitud de combate. Es de advertir que si hubieran sido atacados los Mendietas, el paso le habría quedado franco á Gaitán, pues no tenían armas, sino palos como yá se dijo; pero los movimientos hechos y la posición que ocupaban intimidaron el Ejército revolucionario, el cual se regresó á pocos momentos á Vianí, y se acampó en Chumbamuy esa noche, llevándose de paso un muchacho de los Mendietas el cual regresó al día siguiente llevándoles de muestra dos cápsulas de rémington.

Al siguiente día siguieron para Guaduas, plaza que estaba defendida por treinta y cinco hombres á órdenes de un jefe Hernández.

Llegaron á Guaduas y atacaron aquella pequeña guarnición. El Ejército de Gaitán constaba de más de 300 hombres muy bien armados y, como yá se dijo, de gente de muy mala condición. La guarnición de

Guaduas, repito, era muy pequeña y estaba muy mal armada, pero su jefe, hombre de carácter y de un valor heróico, sostuvo el ataque hasta que ya materialmente tuvo que ser vencido por habérsele acabado los pertrechos, y conociendo los que habían atacado, la situación de los atacados, se lanzaron sobre el cuartel y despedazaron sin consideración aquella gente.

¡ Qué asesinatos los que cometieron y con qué cobardía !

El Jefe Hernández, que defendía la plaza, conociendo los malos sentimientos de aquella gente, y sabiendo por esto, que sería cruelmente atormentado si caía prisionero, resolvió morir con gloria ocupando su puesto. Ya que se vio perdido mató dos hermosas mulas que tenía en el cuartel ; quemó unos billetes de Banco que guardaba en su cartera y cuando entró el enemigo al cuartel lo atacó con más furor. Le previnieron se rindiera y no lo quiso hacer, y como todos saben, fue asesinado vilmente. El resto de la guarnición se rindió, pero no fue suficiente esto para que obtuvieran compasión, pues cobardemente fueron asesinados á puñaladas ; dejaron dos de los compañeros de Hernández para hacerlos víctimas de los más crueles martirios ; era uno Lázaro Angulo al cual hicieron descalzar y picándolo con las bayonetas, lo hicieron abrir fosas para enterrar los cadáveres. Terminada tan hermosa tarea le obligaron á abrir una fosa más honda, y le previnieron que esa serviría para él.

Al día siguiente entró la Guardia Colombiana á órdenes de un General, el cual estuvo hablando con Gaitán en la plazuela de Guaduas ; luégo se retiró la fuerza revolucionaria y quedó la Guardia Nacional apoderada de la plaza. Hablaban de tratados, pero mientras éstos se hacían, era Angulo víctima de los más crueles sufrimientos ; le sacaron los ojos ; lo cortaban con navajas ; lo picaban con las bayonetas, hasta que cansados yá con los martirios que le hicieron, lo acabaron de matar dándole una fuerte cuchillada en el hombro izquierdo, la cual le hirió el corazón. Este crimen que por su semejanza es singular, hubiera sido evitado si se impone á Gaitán entregar al prisionero Angulo á la Guardia Nacional ; pero fue mirado aquel infeliz con mucha indiferencia por personas que hubieran podido evitar el crimen.

Fracasada la revolución, sus autores se dispersaron sin entregar las armas, las cuales más tarde sirvieron para dar vigor y fuerza á la revolución de 1885, la cual hizo conmover toda la República.

Esto es histórico y sus pormenores me han sido dados por personas como J. Duarte y Julio Cerrera y por otras que estuvieron en el teatro de los acontecimientos.

De éstos hubieron muchos el año de 1860 en el Tolima por una guerrilla á órdenes de un negro y otros que se quedaron dispersos del Ejér-

cito de Mosquera. Este negro pidió los presos con el pretexto de mandarlos á donde Mosquera; los llevaba á la orilla del Magdalena, les cortaba la cabeza, los votaba al río, y volvía á la Cárcel de la Villa de Purificación á preguntar si había más presos que despachar. El Doctor Guillermo Meléndez que era autoridad, por improbar estos hechos, fuemandado á la Cárcel de Ambalema donde murió de hambre. Después se levantaron diferentes partidas sin Dios y sin ley y en *La, Dorada* hubo un encuentro de armas y los vencedores tuvieron la ocurrencia de cortarle una oreja á los prisioneros para conocer los enemigos de Mosquera.

Mientras sucedía todo esto yo me ocupaba en montar una máquina de aserrar y en los trabajos de campo.

Con lo poco que reuní de mi trabajo podía yá vivir sin mayores aulagas, pero vino el año de 1885, y seguramente por indicación del General Manuel Briceño, el Doctor Rafael Núñez, Presidente, me nombró Coronel efectivo, y á mi Ayudante de 1886, Buenaventura Maldonado, Teniente-Coronel.

Tales nombramientos nos fueron comunicados por notas y con la firma de Manuel Briceño.

El mío lo conservé por unos días sin dar contestación, pues no quería aceptar, pero vino personalmente Briceño, y debido á todas sus observaciones y el interés que yo tenía por que se llevara á cabo la obra de la Regeneración, por la cual yá había hecho tántos sacrificios, y habían sido mayores mis sufrimientos, acepté, después de haber ido y hablado el General Briceño con el Doctor Núñez.

Me dieron el cargo de formar y organizar los batallones 1.° y 2.° de reserva.

En un local de Las Aguas quedaron organizados; yo quedé de Jefe del 2.°

Salí con mi batallón á Choachí en una comisión, la cual fue cumplida, y por orden superior, regresé á esta ciudad. Yá Briceño había salido con su ejército.

Estando en Santa Clara acuartelado con mi batallón, fuí llamado al Estado Mayor, y verbalmente se me comunicó que tenía una comisión que desempeñar al Tolima, poniéndome á órdenes del General Briceño.

Se encargó de mi batallón como primer Jefe, Roberto Morales, sin las fórmulas militares, y sin tener legar á despedirme de mis compañeros.

Yo seguí á cumplir mi comisión.

Llegué á *La Chica*, en Anapoima, con una fuerte fiebre, por lo cual no pude seguir al momento; me desmontaron y fui atendido por unas señoras las cuales me llevaron médico. Por allí pasó Luis Bernal con un soldado que venían del Tolima en comisión y me vieron.

Inmediatamente que me restablecí algo, seguí y me quedé en *Las Juntas;* fuí á Tocaima y allí dejé mi caballo recomendado al Coronel Gallo y al Doctor Lara para que me lo mandaran á Girardot, lo cual no cumplieron á pesar de haberse comprometido.

Monté en el Ferrocarril y llegué á Girardot llevando ya las cargas de vestuario y equipo, las cuales hice marchar para el Espinal, de acuerdo con las instrucciones que llevaba.

En Girardot tuve algunas dificultades por los movimientos de los Ejércitos, y por ignorar dónde se encontraba Briceño.

Para seguir mi marcha, tuve que andar á pie, y luégo tomar una bestia de carga.

Dirigiéndome á Ibagué, y por el camino encontré algunas mujeres con un hombre enfermo y preguntándoles, me dijeron que adelante iba Figueredo y me dieron los nombres de los Jefes que lo acompañaban, los cuales eran Vergara, Amador, Umaña Jimeno, etc., y que no sabían dónde estaba Casabianca con su fuerza.

Me detuve y por la noche llegaron dos de Ibagué en busca de Casabianca, pero no sabían dónde estaba. Me informaron que el Ejército de Briceño había tomado el puente de *El Chicoral.*

Ellos conocían el camino y seguimos todos. Llegámos al citado puente y tan sólo hallamos el rastro de un campamento.

Llegó allí el Habilitado A. Vaquero, que se había quedado en el Espinal, y el que también iba á tientas.

Llegamos á *Potrerillo* y encontramos acampada la *Ambulancia* con las Hermanas de La Caridad, la cual era parte del Ejército de Briceño, y el que con Casabianca iban picando la retaguardia al enemigo.

Redoblé la marcha reuniendo los soldados que encontraba y á poca distancia los alcanzámos.

Briceño se me dirigió, nos abrazamos como de costumbre y le entregué las comunicaciones; impuesto de ellas, hizo tocar llamada de Ayudantes del Estado Mayor, ordenó formar la gente y me dio á reconocer como Ayudante General, y seguí desempeñando ese puesto.

En Piedras fuí nombrado Jefe de Estado Mayor del Ejército del Sur del Tolima, el cual estaba á órdenes del General Eustaquio Caicedo. Le entregué en el Guamo la comunicación que me dieron, y enseñándome las facultades que por escrito tenía del Gobierno, en las cuales lo facultaba para organizar su fuerza y nombrar Jefes y Oficiales, me manifestó que ya estaba nombrado el Jefe de Estado Mayor, y que no había vacante para mi grado. Me propuso que me fuera para el Sur del Tolima, pero no habiéndole aceptado, me mandó en comisión á esta capital á interesarme con el Gobierno para que le mandaran armas y vestuario para la tropa.

Me vine con intención de ir primero donde Briceño, pero yá había salido y como el pasaporte que se me dio en el Guamo era para la capital de la República, tuve que seguir. Por el camino tuve la noticia de la acción de Honda donde murieron Vergara y Amador.

Llegué á esta ciudad y me presenté donde el General Canal en el cuartel de La Candelaria, como Jefe del Ejército de Reserva al cual yo pertenecía.

Le di cuenta de mi comisión y no la aceptó. Le pedí el pasaporte para volverme donde Briceño, pero no lo conseguí aún cuando tomé mucho interés con los Generales Heliodoro Ruiz y Mateo Sandoval, los cuales me dijeron que aguardáramos hasta saber el resultado del Norte con las fuerzas de Camargo y Hernández.

Me retiré de hecho y volví á encargarme del Teatro, el cual estaba arreglando, poniendo bastidores y decoraciones.

Estando en estos trabajos llegó un batallón, tomó posesión del edificio impidiéndome sacar mi uniforme, botas y bastón-rifle, y se me prohibió la entrada allí, así como al Palacio.

En tal expropiación veía sacar las silletas y escaños para casas particulares, y hoy existen algunos de estos asientos, en las Oficinas y en el Panóptico.

Muchos fueron los que se aprovecharon de las herramientas y materiales del Teatro los cuales nos pertenecían.

Después de la expropiación del Teatro, establecieron el Acueducto por tuberías de hierro, el cual ocasionó el derrumbe como es sabido de todos.

Tal derrumbe me ha reducido á la miseria, perdiendo todo el trabajo de cuarenta años y con lo cual contaba para pasar mis últimos días.

Con esta relación, dejo demostrado, y sin lugar á duda, que he sido un antiguo y leal servidor del partido conservador, y aunque él, me ha mirado con indiferencia, sin tener en cuenta el número de sacrificios que he hecho y los sufrimientos que he tenido por defenderlo, jamás desertaré de sus filas y siempre que me necesite, me encontrará listo para apoyarlo.

Juan N. Maldonado Meléndez.